.UBAsociales
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

Repositorio Digital Institucional

Tipo de documento: Tesina de Grado de Ciencias de la Comunicación

Título del documento: Los jóvenes y la memoria colectiva: representaciones de la política y de la militancia en el discurso de las generaciones postdictadura

Autores (en el caso de tesistas y directores):

Rafael Blanco

María Eugenia Contursi, tutora

Datos de edición (fecha, editorial, lugar,

fecha de defensa para el caso de tesis): 2006

Documento disponible para su consulta y descarga en el Repositorio Digital Institucional de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
Para más información consulte: http://repositorio.sociales.uba.ar/

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 4.0 (CC BY 4.0 AR)
La imagen se puede sacar de aca: https://creativecommons.org/choose/?lang=es_AR

Repositorio Digital Institucional

.UBAsociales
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

Universidad de Buenos Aires
Facultad de Ciencias Sociales
Carrera de Ciencias de la Comunicación

Los jóvenes y la memoria colectiva

Representaciones de la política y de la militancia en el discurso de las generaciones postdictadura

TESINA DE GRADO

AUTOR: RAFAEL BLANCO
TUTORA: MARÍA EUGENIA CONTURSI

— Buenos Aires, marzo de 2006 —

Blanco, Rafael
Los jóvenes y la memoria colectiva: representaciones de la política y de la militancia en el discurso de las generaciones postdictadura. - 1a ed. - Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires. Facultad de Ciencias Sociales. Carrera de Ciencias de la Comunicación. , 2012.
E-Book.

ISBN 978-950-29-1368-1

1. Ciencias Políticas. 2. Jóvenes. I. Título
CDD 320.1

Fecha de catalogación: 21/06/2012

Esta obra se encuentra protegida por derechos de autor (Copyright) a nombre de Blanco, Rafael (2012) y se distribuye bajo licencia Creative Commons atribución No Comercial / Sin Derivadas 2.5.
Se autoriza su copia y distribución sin fines comerciales, sin modificaciones y citando fuentes.
Para más información ver aquí:
http://creativecommons.org/licenses/by-ncnd/2.5/ar/

Los jóvenes y la memoria colectiva
Representaciones de la política y de la militancia en el discurso de las generaciones postdictadura

Tesina de Grado
Rafael Blanco

Correo electrónico: rblanco@sociales.uba.ar

Tutora: María Eugenia Contursi

A Mónica Muñoz

ÍNDICE

Capítulo I Los jóvenes, a 30 años 5

La pregunta por los jóvenes
Antecedentes y puntos de partida 10

El abordaje
Un posible recorrido 14

Objetivos, riesgos y contradicciones ante la "búsqueda de lo nuevo"
El problema de la "industria de la memoria" 16

Capítulo II Algunos conceptos fundamentales para pensar la construcción de la memoria colectiva 18

Los jóvenes, metáforas del cambio social
Un punto de partida teórico 19

El discurso hegemónico: la memoria como *una* construcción
Definiciones y problemas 26

Representaciones, narraciones, rupturas
El abordaje metodológico 33

Capítulo III La memoria colectiva: entre el peso del discurso hegemónico y la irrupción de "lo nuevo" 40

Un repaso por el discurso hegemónico
El caso de los "familiares" 41

Sentido común y relaciones de poder
El discurso hegemónico en los "no- familiares" 49

Los jóvenes.
Entre los silencios, la asimilación y la distancia 54

Capitulo IV El escenario actual: entre la impugnación y la revalorización de la militancia política 60

Los tiempos de postdictadura
Neoliberalismo y posmodernismo como "telón de fondo" 61

La política en la voz de los jóvenes.
"Militancia" como significante vacío 66

Capítulo V Pistas para pensar la construcción de una nueva memoria colectiva (ejercicios de memoria para interrogar el presente) 77

Agradecimientos 84

Bibliografía 87

CAPÍTULO I

LOS JÓVENES, A 30 AÑOS

¿Es posible afirmar que existe una "mirada generacional", una manera de reconstruir el período de los años 70 y de la última dictadura militar en Argentina que sea propia de los jóvenes, es decir, que presente elementos distintivos respecto de los relatos de otras generaciones sobre el mismo período? [1]

La etapa comprendida por los años 1976–1983 se ha reinstalado en la agenda política y en la de los medios de comunicación con fuerza desde los últimos años de la década del 90, a partir de algunos hechos relevantes como el conocimiento público de los denominados "Vuelos de la muerte"[2] y –más recientemente– la creación del "Museo de la Memoria" en un antiguo campo de concentración[3]. Pero también el período dictatorial ha sido retorizado en novelas, documentales, series televisivas y películas. A modo de ejemplo, sólo en los seis años comprendidos entre 1999 y 2005 se han estrenado a un ritmo anual películas nacionales que, en diferentes registros y géneros, tratan

[1] La investigación de la que esta tesis de grado se desprende se realizó en el marco de una beca UBACyT Estímulo (2003-2004) con el proyecto "Generación posdictadura, reconstrucción de identidades sociales y nuevas formas de narrar" radicada en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA) y dirigida por el Profersor Enrique Oteiza y co-dirigido por la Lic. Mónica Muñoz.

[2] Se denominó 'vuelos de la muerte' al mecanismo de eliminación de los militantes políticos durante la última dictadura militar, por el cual eran arrojados vivos al mar desde aviones de las Fuerzas Armadas. Cerca de 2.000 detenidos políticos fueron asesinados mediante este método. El ex capitán Adolfo Schilingo "confesó" este modo de operar en el año 1995 para el libro *El vuelo*, de Horacio Vertbisky.

[3] Durante un acto realizado el 24 de marzo de 2003 con motivo del aniversario del golpe de estado, el presidente Kirchner expropió de la jurisdicción militar la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), uno de los emblemáticos centros clandestinos de detención, para convertirlo en el "Museo de la Memoria".

directamente el tema de la última dictadura[4]. Transcurridas más de dos décadas desde el retorno definitivo de la democracia en 1983, existen ya grupos que no han tenido vivencia (o ha sido muy acotada en términos temporales) en la dictadura, y que se han socializado en condiciones distintas a las de otras generaciones: los jóvenes, a diferencia de las generaciones de sus padres o de sus abuelos, han tomado contacto mayoritariamente con esos terribles hechos en democracia.

La presente tesina se propone indagar la forma en que la "generación pos dictadura" reconstruye determinados aspectos comprendidos en el último período militar y a los actores sociales de la época, teniendo en cuenta el hecho de que los jóvenes no han vivido en ese momento histórico. Es por esto que la recuperación que realizan de esa etapa es una reconstrucción "peculiar": no se realiza a partir de la propia experiencia ─elemento que sí opera en otras generaciones─ sino a partir de otros "canales" tales como los medios de comunicación y productos de la industria cultural (ficciones y documentales televisivos y cinematográficos, libros, canciones), el paso por las instituciones educativas y ─especialmente─ a partir de relatos familiares y de la conversación entre pares.

Sin embargo, si bien estos jóvenes establecen un relato que no se articula a partir de su experiencia durante el período, esto no implica que no haya fuertes restricciones en el proceso que realizan de reconstrucción de los hechos. Por un lado, existen representaciones dominantes que se traducen en la presencia de un discurso hegemónico existente que narra la dictadura. En segundo lugar, el proceso de reconstrucción es tanto

[4] Sin proponernos un listado exhaustivo, es posible mencionar los films *Garage Olimpo* (Marco Bechis, 1999), *Botín de guerra* (David Blaustein, 2000), *H.I.J.O.S. El alma en dos* (Carmen Guarini y Marcelo Céspedes, 2002), *Los rubios* (Albertina Carri, 2003), *Nietos (Identidad y Memoria)* (Benjamín Ávila, 2004). En noviembre de 2005 se estrenó el documental de Daniel Desaloms, "Paco Urondo, la palabra justa", que reconstruye la vida del poeta y militante asesinado por la dictadura militar en 1976. Actualmente está en rodaje *Pase libre. Crónica de una fuga* de Adrián Caetano que cuenta la historia de un grupo de personas que se fugó de un centro de detención durante la última dictadura.

intra como intergeneracional, es decir que se establece en el marco de interacciones con personas que sí han tenido algún tipo de vivencia directa de esos acontecimientos. Por último, los jóvenes recuperan la pasada dictadura en el presente, es decir, a partir de determinadas condiciones sociales, económicas y culturales que funcionan como marco desde el cual se establece la reconstrucción de las acciones y de los actores sociales de un período anterior. En este sentido, se hace necesario centrar la reflexión en el momento actual, marcado por las consecuencias de las transformaciones estructurales que se profundizaron durante la década del 90, y que han tenido como consecuencia un extendido deterioro de la calidad institucional que se ha traducido, en términos culturales, en un creciente desprecio de la sociedad civil por las prácticas políticas tradicionales y por "lo político" en general. En suma, la reconstrucción que efectúan del período se realiza a partir de determinados condicionantes, comunes a un grupo particular que no se define sólo en función del componente etario sino también ─siguiendo al antropólogo Carles Feixa (1998)─ en función de determinados "recuerdos en común", que son posibles gracias a la sociabilización de ciertos grupos bajo patrones más o menos compartidos. De lo que se busca dar cuenta en este trabajo es de la manera, el *cómo*, esos condicionantes operan en la construcción del relato sobre el período.

A partir de lo anterior es que un segundo objetivo es intentar rastrear cuál es el vínculo entre las representaciones que los jóvenes tienen de la política, la militancia y las instituciones en la actualidad, y la forma en que reconstruyen el período 76─83. La idea que orienta el presente trabajo es que, justamente, el discurso de los jóvenes respecto del período establece rupturas con el discurso hegemónico, a la vez que actualiza discusiones respecto del mismo y evidencia la "reconversión" actual de los vínculos entre política y sociedad. Estas tensiones se producen en el proceso de construcción de la memoria colectiva.

Así, este trabajo se organiza a partir de dos ejes temáticos principales: los jóvenes

y “los 70”. Es decir, por un lado, las características del discurso de la “generación pos–dictadura”; por otro, lo que –de manera amplia– es posible enunciar como “la polémica en torno a los años setenta en Argentina”. “Polémica” en la medida en que “los ‘70” es un tema que, cada vez que es convocado, supone la aparición de diferentes puntos de vista y la reedición de discusiones en torno a la responsabilidad de las víctimas, la complicidad de la sociedad, la legitimidad de las organizaciones armadas, entre otras.

El primer eje, la pregunta en torno a los jóvenes, ha venido teniendo un marcado incremento en la producción académica como así también en la agenda de los medios masivos de comunicación, en función de cierta “visibilidad” que han adquirido –especialmente– en torno a supuestas “prácticas de riesgo” y a los lazos estrechos que habría entre juventud y violencia, marginalidad, rebeldía, apatía o “pérdida de valores”, características todas que serían propias de este grupo. En sincronía, ciertas políticas públicas implementadas por distintos gobiernos (de diferentes partidos como así también de variadas jurisdicciones, desde los gobiernos comunales hasta el Nacional) han “concentrado” sus esfuerzos en este grupo, en concordancia con los discursos estigmatizadores. Por mencionar brevemente algunos ejemplos que dan cuenta del relieve que la juventud ha tomado no solo en la agenda gubernamental sino también en la mediática, es posible señalar la política de lo que se conoció como los “decretos de nocturnidad”, que restringieron los horarios de apertura y cierre de los locales bailables durante la gestión del ex gobernador de la Provincia de Buenos Aires en el período 1991–1999, Eduardo Duhalde. Según funcionarios encargados de su ejecución, la norma buscaba proteger a “la minoridad y la vida familiar” y fomentar “la generación de movimientos juveniles solidarios con cultura empresarial”[5] como “respuesta” a las

[5] Testimonio de Juan Alberto Yaría, Secretario de Prevención y Asistencia de las Adicciones de la Provincia de Buenos Aires publicado en *Clarín* el 18 de agosto de 1995. Durante el año 1996, el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires dictó el “decreto de nocturnidad” que estableció límites a la actividad de los

crecientes situaciones de violencia en las que se veía involucrada esta parte de la población. O ─más recientemente, en el año 2003─ la "Ley Seca" en la Ciudad de Buenos Aires[6], necesaria en la medida en que, según el diario *Clarín*, se proponía "desalentar el abuso de alcohol, principalmente en los jóvenes, y mejorar la seguridad" ya que "el consumo excesivo de alcohol de los jóvenes puede considerarse un malestar que revela los problemas que estos tienen en sus relaciones con su familia, sus semejantes y con la sociedad"[7].

Este tipo de políticas públicas diseñadas por gobiernos democráticos, como así también la opinión que circula en los medios masivos, está orientada por un discurso que tiende a construir a los jóvenes ─como señala Rossana Reguillo (2000)─ de manera estigmatizada, que los asocia automáticamente a situaciones de violencia y trastornos en la sociedad. Lejos de una visión *a priori* condenatoria, es posible hacer otra aproximación a las juventudes, que se aleja de las miradas que le atribuyen a este grupo determinadas características esenciales (como "los jóvenes son rebeldes" o "son el futuro"), a partir de las relaciones que estos establecen con otras generaciones y de las que mantienen con sus pares. Esta nueva perspectiva permitiría dar cuenta de los rasgos distintivos de los jóvenes en función los lazos que establecen, es decir, como atributos producto de una

---

boliches bailables en la provincia; obligaba a los dueños a cerrar a las tres de la mañana en invierno y a las cuatro en verano, al mismo tiempo que prohibía la organización de *matinés* para menores de 14 años en esos establecimientos.

[6] El entonces Jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Aníbal Ibarra, firmó un decreto en el año 2003, de regulación de la venta de alcohol en el ámbito de la Ciudad. El documento estableció la prohibición de la venta de bebidas alcohólicas en kioscos, maxikioscos y estaciones de servicio. Además, limitó el expendio de alcohol entre las 23 y las 8 horas del día siguiente en los locales habilitados para su venta y consumo fuera del establecimiento, como almacenes y supermercados. La argumentación oficial de esta norma se basaba en la cantidad de accidentes producidos con la participación de conductores que habían consumido alcohol y en la necesidad de garantizar el cumplimiento de la prohibición de venta de alcohol a menores de 18 años.

[7] *Clarín*, 6 de noviembre de 2003.

construcción siempre contingente, siempre en redefinición.

El presente trabajo es una continuación más acabada de la labor de investigación que vengo realizando desde el año 2003 y que estuvo orientada también desde este último enfoque. Básicamente, dos trabajos anteriores funcionan como "punto de partida" de esta indagación: en primer lugar, algunas reflexiones grupales que se realizaron en el marco de la tarea que viene desarrollando el equipo de investigación UBACyT S129 "Reconstrucción de identidades Sociales ─ Archivo Biográfico Familiar de Abuelas de Plaza de Mayo", del cual formé parte. En segundo lugar, un trabajo individual y propio denominado "Generación pos dictadura, reconstrucción de identidades sociales y nuevas formas de narrar", que fue realizado gracias a una Beca Estímulo a la Investigación, de la Programación Científica del año 2002 de esta Universidad.

> LA PREGUNTA POR LOS JÓVENES

ANTECEDENTES Y PUNTOS DE PARTIDA

A partir del año 1998 comienza a conformarse, en el ámbito de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, el proyecto de investigación "Reconstrucción…" que se propuso recuperar la historia de vida de los integrantes de los 459 grupos familiares de los hijos─nietos secuestrados y/o nacidos en cautiverio durante la última dictadura que todavía se encuentran apropiados "con el objetivo de colaborar con el proceso de restitución de su identidad" (Oteiza, 2001: 5). El proceso de reconstrucción de la identidad se abordó mediante la recolección de relatos familiares y de allegados a los desaparecidos, en los que se buscaba dar cuenta de la trayectoria vital de estos últimos. El objetivo de "recolectar" relatos biográficos no tenía por finalidad la

verificación de los datos que surgían, “ya que las entrevistas recogen sin censura aquello que los familiares desean trasmitir al hijo apropiado” (Pérez, 2002: 12). En el marco de ese proyecto, se identificaron diferencias significativas en los relatos que producían miembros de diferentes generaciones del grupo familiar de los desaparecidos (los padres ─generación anterior─, los hermanos ─misma generación─ o los hijos ─generación posterior).

A partir de esta primera aproximación al objeto, y en el seno del Proyecto UBACyT S129, desarrollé el proyecto de Beca Estímulo ya mencionado, buscando identificar cuáles eran las características distintivas del discurso de los hijos de desparecidos, niños en el momento del secuestro de sus padres. Esta investigación permitió constatar que los recuerdos y las representaciones de los *hijos* estaban mediados ─principalmente─ por los relatos familiares pero que, sin embargo, tenían algunos rasgos que no podían ser explicados sólo en función de los vínculos familiares. Es decir que en la materialización de estos discursos operaba un complejo proceso de *mediación*[8] que no podía ser comprendido sólo tomando los discursos que circulaban familiarmente.

Desde este lugar, quedó abierta la pregunta respecto de qué relación existía entre el discurso de estos jóvenes y el que establecían coetáneos que no tenían ningún vínculo filial con personas víctimas del Terrorismo de Estado (asesinados, desaparecidos o exiliados). ¿Existen una serie de elementos “transversales” que operan como condiciones de posibilidad de un discurso distinto, pese al peso de las narrativas familiares en los jóvenes con familiares afectados de manera directa por la última dictadura? ¿Es posible hablar de un discurso en clave “generacional”? Así, estas nuevas preguntas constituyeron

[8] Por mediación se entiende en este trabajo –con Ferro y Contursi- “un proceso ideológico de construcción de inteligibilidad sobre el mundo y de producción e interpretación de efectos de sentido, histórica y culturalmente pautado, que configura sistemas interpretantes que se materializan en los discursos sociales” (Ferro y Contursi, 1999: 52).

el cimiento del presente trabajo, que emerge como continuidad de “Generación…”, pero amplía el universo de casos a la vez que plantea nuevas preguntas.

La continuidad fundamental está dada principalmente por la “mirada” propuesta en ambos trabajos: en ninguno de los dos casos interesa realizar simplemente una descripción de las características estructurales o lingüísticas del discurso de los jóvenes, sino tomar a los jóvenes como *metáforas del cambio social* y, en este sentido, pensar las regularidades discursivas como el emergente de transformaciones que comienzan a gestarse en el seno de la sociedad. En otras palabras, se trata de *hacer hablar a los jóvenes* para no hablar *sólo acerca de los jóvenes*. El concepto de discurso que se usa en este trabajo es un concepto que –siguiendo a Mainguenau– “apunta a despojar al sujeto hablante de su papel central para integrarlo al funcionamiento de enunciados, de textos cuyas condiciones de posibilidad se articulan sistemáticamente sobre formaciones ideológicas” (Mainguenau, 1989: 10). En consecuencia, el análisis no se reduce a una indagación de las características “internas” del texto ni a un análisis de contenido. Por otra parte, una larga tradición teórica ha considerado que las prácticas y las representaciones de los jóvenes pueden entenderse como “metáfora del cambio social”, ya que los jóvenes constituyen un territorio de tensión en el que se actualizan las contradicciones que estructuran la relación que la sociedad tiene con ella misma (Reguillo, 2000; Paserini, 2000; Monod, 2002; Aguilera Ruiz; 2003; Wortman, 2003; Chaves, 2005). En este sentido, el presente trabajo se distancia tanto de la mirada estigmatizadora como de la visión romántica de la juventud, y propone abordarla siempre en el marco de la cultura entendida –como lo hace Williams– como un terreno conflictivo, que permite pensar a los actores en el marco de un amplio proceso colectivo de “experiencias, relaciones y actividades” (Williams, 1977:134).

Es desde este enfoque que el tema adquiere relevancia en dos sentidos. En primer lugar, porque pensar las representaciones que los jóvenes tienen sobre la dictadura y los

actores sociales de la época permite pensar las discontinuidades y rupturas que se establecen con lo que aquí se carateriza como el discurso hegemónico existente para dar cuenta del al período. En segundo lugar, porque *deconstruir* las representaciones adquiere una dimensión fundamental para pensar las prácticas juveniles actuales y, desde allí, contribuir a la construcción de alternativas que ofrezcan otro horizonte de acción, para lograr una intervención más incluyente desde las políticas públicas y menos excluyente y estigmatizadora desde el discurso mediático.

A la vez, retomo una preocupación que señala que *hablar* de los setenta, o intentar una aproximación crítica a ese período, es un ejercicio complicado no sólo en términos teóricos y metodológicos (ya que se trata de un acontecimiento relativamente reciente, con una producción teórica dispar) sino también ─y fundamentalmente─ en términos políticos (aunque esta distinción se desmiente, prácticamente, en el momento de su enunciación). La discusión se presenta, la mayoría de las veces, en torno de un debate polarizado en el que la apelación a la experiencia y/o al dolor constituye un territorio ineludible de legitimación, de autoridad. Sin negar la dimensión de ambos *lugares* (cómo no sentir dolor ante la perdida de un afecto, cómo no opinar si “estuve ahí”), la propuesta es desnaturalizar el tratamiento habitual del tema, es decir, suspender la creencia en el relato cristalizado para entender el período y, en ese paréntesis, intentar entrever si no hay otra forma de reconstruir la dictadura, aunque sea como una reconstrucción imprecisa, vaga, menos sólida, pero que dé pistas para repensar lo ocurrido, a la vez que para repensar el presente. Porque una convicción de este trabajo es que el movimiento es simultáneo o, mejor dicho, dialéctico: cuando se reconstruye el pasado, se construye (a la vez) el presente. Y viceversa.

> EL ABORDAJE

UN POSIBLE RECORRIDO

Como primer elemento significativo, lo que está en juego en el análisis de las características del discurso de este grupo es de qué manera se reconstruye en la actualidad el período mencionado, es decir, cuál es la memoria que las nuevas generaciones construyen sobre la dictadura. El abordaje propuesto se inscribe en términos de un estudio cualitativo realizado a parir del análisis de 16 entrevistas en profundidad a jóvenes de entre 19 y 26 años, entre octubre de 2004 y mayo de 2005, y por otras realizadas en el marco del Proyecto UBACyT S129 durante los años 2002 a 2004. El capítulo II *Algunos conceptos para pensar la construcción de la memoria colectiva*, se centra en la caracterización del discurso hegemónico –que es tomado aquí como una dimensión de análisis central– a partir de la consideración de distintos autores que han reflexionado, por un lado, en torno al proceso de construcción de la memoria colectiva, el peso de los relatos en la transmisión cultural y las posibilidades/ dificultades que operan en el proceso de reconstrucción del último período dictatorial y –por otro– en el modo en el que la dictadura intentó perpetuarse a partir de la instauración de una nueva cultura que le sirviera como base de legitimación para su accionar. En este sentido, la discusión parte en torno del concepto de *hegemonía* y de nociones posteriores (algunas recientes, deudoras de los desarrollos de Antonio Gramsci). El capítulo está dividido en dos partes: en la primera se definen y caracterizan los conceptos centrales sobre los que se trabajará en el análisis, mientras que en la segunda se especifican algunas precisiones acerca del abordaje metodológico, que retoma tanto las posiciones de algunas corrientes del análisis del discurso como así también de la indagación propia del trabajo etnográfico. En esta segunda parte se describe, además, el corpus de análisis sobre el cual se realiza el presente trabajo. El objetivo de “Algunos conceptos fundamentales…” es historiar y

precisar algunas categorías que suelen prestarse a confusión, mezclarse o simplemente hacer de ellos un uso "comodín": "jóvenes", "generación" y "juventud". A la vez, intento enfatizar la importancia de la narración como dispositivo de construcción de sentido, como estructura que opera fuertemente en el proceso de edificación de la memoria colectiva, tanto por los usos sociales como por la organización y lógica de esta secuencia textual. En el capítulo III, *La memoria colectiva: entre el peso del discurso hegemónico y la irrupción de "lo nuevo"*, se hace hincapié en el problema de la transmisión intergeneracional y la persistencia de este discurso en las nuevas generaciones, tanto entre quienes son familiares de víctimas del Terrorismo de Estado, como de quienes han tenido acceso al período de manera "indirecta". En este capítulo también se señalan los elementos que permiten avizorar una distancia respecto de ese relato hegemónico y canónico al que se ha hecho referencia. El eje del siguiente capítulo denominado *El escenario actual: entre la impugnación y la revalorización de la militancia,* está constituido por los vínculos entre los jóvenes y lo que se definirá en términos de "lo político": se abordan las representaciones que los jóvenes tienen sobre los mecanismos tradicionales de representación y participación política (como la militancia, las instituciones civiles y los partidos). Interesa, desde este lugar, pensar cuáles son los vínculos que se establecen entre pasado y presente. O, en otros términos, cómo las representaciones sobre/en el presente operan en la construcción de la memoria colectiva. Por último, en el capítulo V**,** *Pistas para pensar la construcción de una nueva memoria colectiva (ejercicios de memoria para interrogar el presente)*, se busca dar cuenta de cuáles son los elementos nuevos, o los elementos que están en ruptura con el discurso hegemónico, como así también establecer algunas pistas que permitan entender cuáles son las condiciones de posibilidad (y también las limitaciones) del surgimiento de un nuevo discurso.

> OBJETIVOS, RIESGOS Y CONTRADICCIONES ANTE LA "BÚSQUEDA DE LO NUEVO"

EL PROBLEMA DE LA "INDUSTRIA DE LA MEMORIA"

A partir del recorrido propuesto, este trabajo se acerca a dos riesgos que desearía evitar. Por un lado, el de la búsqueda de "lo nuevo" como estrategia de legitimación ante la "industria cultural de la memoria" (o de ingreso a ella). Como sostienen Mangone y Warley, la búsqueda de lo nuevo "se ha convertido en un hábito trivial que se esconde dentro de un traje que le queda grande: el de reinventar ─y desde cero─ la semiología, la lingüística, la sociología y la antropología, los estudios culturales y la teoría de la comunicación" (Mangone y Warley, 1997: 15) para lograr o mantener posiciones en el campo académico. Por otro, el de la falacia de partir de relatos─casos con la función de establecer una generalización de las conclusiones. En ese sentido, los objetivos del presente trabajo son infinitamente más modestos: se intenta aquí identificar algunas "pistas" que permitan orientar reflexiones futuras, incluso a partir de otros registros y formas de indagación, y no una universalización que supone que detrás de cada caso "hay una cultura orgánica, homogénea, a la cual se puede acceder por cualquiera de sus *partes*" (Ford, 1999: 262). Es por esto que la idea que orienta este trabajo no es la existencia de un discurso monolítico, consistente y coherente, sino más bien la existencia de una serie de *rasgos* en muchos casos contradictorios, ambiguos, pero con un notable potencial crítico, que permiten hipotetizar una serie de cambios en la forma de narrar el pasado. Desde este lugar al partir de casos se apunta ─siguiendo con Ford─ a "explorar una problemática social─ estructural" (*ibidem*), como lo plantea la hipótesis enunciada más arriba. En este sentido se toma a cada informante como "ideólogo", en términos de Bourdieu (1997), es decir, como un sujeto que "ha decidido seleccionar y relacionar determinados acontecimientos de su propia vida en función de la voluntad por organizar un relato y construir un significado que lo sitúe en algún lugar específico" (Vich y Zavala,

2004: 113).

En síntesis, en este recorrido lo que se propone es establecer un trazo de los elementos que entran en juego (o más bien en conflicto) al momento de dar cuenta de un período determinado sobre el que, a 30 años de producido el golpe, se sigue produciendo una batalla por la determinación del significado. Por eso este trabajo persigue también un objetivo político: intenta abrir la discusión en dos sentidos: uno, tratando de desnaturalizar cierto discurso que ha sedimentado y establecido la base de legitimidad para abordar la discusión en torno a la dictadura. El otro, cediendo la palabra a un grupo sobre el que, la mayoría de las veces, recae el estigma de ser escéptico, desmovilizado, despolitizado o de ser “demasiado joven” para poder hablar de algo que (y esto sería lo peor) no vivió.

CAPÍTULO II

ALGUNOS CONCEPTOS FUNDAMENTALES PARA PENSAR LA COSNTRUCCIÓN DE LA MEMORIA COLECTIVA

Como se mencionó en la *Introducción*, el objetivo de este trabajo es reflexionar acerca de la manera en que los jóvenes reconstruyen en el *presente* un período del *pasado* comprendido por ─como hecho relevante─ el desarrollo del último gobierno de facto. Pero, además, se señaló que "el presente" es necesario entenderlo como un *estado de situación*, un momento determinado en el marco de un proceso de cambios y transformaciones fuertes no sólo a nivel económico, sino también en torno a instituciones tradicionales como la escuela y la familia, y a las representaciones respecto de la política, los políticos, la democracia, "el compromiso" y ─de forma abarcadora─ *lo político*. De manera que es necesario pensar el discurso que los jóvenes tienen sobre el período 1976─1983 en estrecha relación con estas condiciones del presente, de las que conviene hacer alguna esquematización, ya que tener en cuenta esas características implica un punto de partida necesario para pensar las juventudes. En esta línea, nuestro enfoque para abordar las representaciones de los jóvenes se organiza a partir de tres elementos necesarios: el contexto[9], las relaciones inter─ generacionales y los vínculos entre pares.

Sin embargo, como punto de partida resulta imprescindible definir qué se entiende por *jóvenes* como así también vincular esta categoría con una serie de conceptos

[9] La noción de contexto merece una pequeña nota explicativa que le reste vaguedad. Lo que se señala con su uso son las coordenadas culturales (el espesor histórico a la vez que la coyuntura) que conforma una unidad con el discurso que los jóvenes establecen. En este sentido, la noción es trabajada a partir de la perspectiva de la *lingüística del habla socio-histórica* de Mijail Bajtín, que postula la imposibilidad de analizar discursos de forma "aislada", y la necesidad de tener en cuenta la trama y las relaciones, la pluralidad de voces y el origen social e ideológico de toda producción discursiva (cfr. Contursi y Ferro, 1999:40; Bajtín, 1950).

asociados, tales como “generación” y “juventud”, a la vez que historiar las diferentes corrientes que han reflexionado respecto de los jóvenes, para centrar este trabajo en el marco de determinadas preguntas y consideraciones que ─si bien tienen un importante desarrollo teórico, especialmente desde mediados del siglo XX a esta parte─ cobran relevancia nuevamente en función de los cambios operados en el nivel global a partir de la década de los ochenta. Relevancia que, en el contexto de los países latinoamericanos, se potencia ya que es durante las dos últimas décadas del siglo pasado que éstos experimentaron sus transiciones hacia regímenes democráticos. En este contexto, reeditar algunas preguntas “clásicas” en torno a los jóvenes puede colaborar para pensar algunas pistas respecto de cómo se han desarrollado y consolidado esas transiciones.

> LOS JÓVENES, METÁFORAS DEL CAMBIO SOCIAL

UN PUNTO DE PARTIDA TEÓRICO

La producción teórica en torno a “temáticas de juventud” ha tenido un notable desarrollo en los últimos años y de manera significativa en América Latina, sobre todo a partir del “eje México”, que nuclea a un número importante de investigadores como Rossana Reguillo, José Manuel Valenzuela, José y Antonio Pérez Islas, entre otros, todos relacionados con el Instituto Mexicano de la Juventud y a la revista *JovenES*, que ha permitido la difusión periódica de originales producciones[10]. Algunas de éstas han tratado

[10] El Instituto Mexicano de la Juventud (IMJ) es un organismo dependiente del gobierno federal mexicano que tiene como propósito definir y aplicar una política nacional para la juventud. Se crea a partir de una ley aprobada por mayoría en el congreso mexicano el 22 de diciembre de 1998.

de “delimitar” y formalizar este campo de estudios, proveyéndolo de un aparato conceptual que posibilita una aproximación más rigurosa a los sujetos sociales a los que dirige su mirada. Una primera distinción es, justamente, la que existe entre las nociones de “jóvenes” y “juventud”: mientras que esta última refiere a una categoría de análisis, por “jóvenes” se designa a los actores sociales que son objeto de estudio (Aguilera Ruiz, 2003: 66)

¿A qué hace referencia, entonces, *juventud* como categoría? Es, en principio, un significante en disputa sobre el que “pesan” diversas tradiciones teóricas e ideológicas. El núcleo conceptual más fuerte de una de esas tradiciones es aquel que hace referencia a la juventud como categoría en términos etarios y biológicos. En este sentido, se correspondería con una determinada edad[11] por la que todo individuo transitaría, caracterizada por el pasaje entre la niñez y la vida adulta. Como expone el investigador catalán Carles Feixa, la juventud, según esta perspectiva –de la cual toma distancia– sería “una condición universal que se encontraría en todas las fases del desarrollo humano y [en todo] momento histórico” (Feixa, *op.cit*. 82).

En oposición, el enfoque antropológico plantea que la juventud es una construcción histórico–cultural en la que la categoría de joven varía en función de cómo en determinadas sociedades, en contextos precisos, se desarrolla el pasaje a la vida adulta, a partir de los cambios fisiológicos que aparecen en la pubertad. Desde este lugar, es una categoría que adquiere relevancia en la sociedad poco antes de transcurrida la primera mitad del siglo XX, cuando la cultura de masas y las instituciones tradicionales de la modernidad (como la universidad o el servicio militar) comienzan a tener como destinatario a un segmento determinado de la población que se diferencia

[11] Aguilera Ruiz, en su exposición de esta corriente, señala que estaría comprendida por aquellos sujetos que se encuentran entre los 15 y 29 años de edad (Aguilera Ruiz, *op.cit*: 67)

cualitativamente del resto y que, a la vez, es interpelado y nucleado a partir de toda una organización del ocio y el tiempo libre, de los gustos, las salidas y, más ampliamente, toda una cultura (como la *cultura del rock*) que les es propia (Feixa, 1998; Passerini, 2000; Reguillo, 2000). Por eso, desde esta perspectiva, "para que exista la juventud deben existir una serie de condiciones sociales (normas, comportamientos, instituciones, que distingan a los jóvenes de otros grupos de edad) y una serie de imágenes culturales (valores, atributos, ritos asociados específicamente a los jóvenes)" (Feixa, *op.cit 86*). Es a partir de estas manifestaciones propias de un segmento, pero también una manifestación de clase[12], que desde el campo académico se comienza a reflexionar de manera sistemática sobre los jóvenes. Además, este grupo ha ido tomando cuerpo jurídico en los distintos Estados, como así también en los organismos supranacionales que han tomado a los jóvenes como sujetos de derecho[13].

Feixa plantea que la juventud irrumpe masivamente en el siglo pasado como un fenómeno que tiene origen en la transición del feudalismo al capitalismo, en el que se generan nuevas instituciones propias del nuevo modo de producción y se reconvierten, adoptando nuevas modalidades, las ya existentes. El sistema de escolarización, que en la burguesía prolonga el tiempo de ingreso de los hombres al mundo del trabajo, a la vez que extiende la dependencia económica de los jóvenes respecto de sus padres, comienza

[12] Como sostiene Rossana Reguillo, "un varón, por ejemplo de 18 años, perteneciente a los estratos socioeconómicos medios, experimenta la condición juvenil desde su adscripción a las instituciones escolares y una tutela negociada con los adultos responsables de su proceso de incorporación social; mientras que otro joven de la misma edad pero inserto en un universo socioeconómico pauperizado, que para sobrevivir se incorpora tempranamente a los circuitos de la economía informal, no suele ser definido como joven" (Reguillo, *op.cit*: 26)

[13] En noviembre de 2005 se aprobó en el Senado de la Nación un proyecto que contempla bajar la mayoría de edad de los 21 años a los 18 (con la sola excepción de los beneficios en materia de previsión, seguridad social y alimentos). La iniciativa implica una reforma al Código Civil que pone a la Argentina "en regla" con la Convención Internacional de los Derechos del Niño que fija en 18 años la mayoría de edad. El proyecto, actualmente, espera la aprobación de la Cámara de Diputados.

a segmentar y diferenciar a los sujetos por edades. A la vez, la progresiva implementación del servicio militar obligatorio permite que los jóvenes se agrupen y nucleen por fuera de la institución familiar con coetáneos de diversos orígenes, en un proceso que va permitiendo el surgimiento de rituales propios asociados a este grupo, que "va generando una cultura propia: la fiestas de quintos, lenguaje contra militar, costumbres sexuales, consumo de drogas, delimitan un modelo propiamente juvenil" (Feixa, *op.cit.* 92). El nacimiento de esta categoría está asociado, entonces, a la visibilidad que los jóvenes como sujetos sociales van adquiriendo "a la luz" de los cambios que van emergiendo en la sociedad, y que ─en muchos casos─ los tienen como protagonistas. En Argentina es posible tomar como hecho relevante de la aparición de los jóvenes en escena el movimiento conocido como "la Reforma del 18" en la ciudad de Córdoba[14], pero que –según Aguilera Ruiz─ sitúa la emergencia de un sujeto nuevo en Latinoamérica propio de la modernidad, conjuntamente con las vanguardias artísticas chilenas de principios del siglo pasado[15] (Aguilera Ruiz, *op.cit*: 66). Otra expresión de este mismo fenómeno fue la fundación de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) ─de un claro rasgo antiimperialista y juvenil─ por el peruano Haya de la Torre en un acto de la Federación de Estudiantes de México. De la misma edad eran los dirigentes de la Revolución Rusa aunque no se consideraran "jóvenes" (como buena parte de los revolucionarios

[14] La Reforma Universitaria del 18 tuvo inicio en la Universidad Nacional de Córdoba y contó, posteriormente, con el apoyo del resto de las casas de estudio del país. Las principales demandas de los estudiantes eran la modificación de los planes de estudios, la autonomía universitaria y el cogobierno estudiantil. El 21 de junio de 1918 difundieron el famoso Manifiesto Liminar titulado "La juventud argentina de Córdoba a los hombres libres de Sud América".

[15] La revuelta estudiantil argentina ejerció una poderosa influencia sobre los demás países sudamericanos, entre ellos Chile. Así, en los años posteriores a la Primera Guerra Mundial proliferaron en el país vecino los movimientos estudiantiles y las vanguardias artístico-literarias juveniles todas amparadas bajo la órbita de la Federación de Estudiantes de Chile (FECH), que ejercía un liderazgo no solo político sino también estético. Representativa de estos movimientos fue la revista *Juventud y Claridad* donde publicarían sus primeros textos Pablo Neruda y Gabriela Mistral entre otros.

mexicanos o de los republicanos españoles), quienes provenían mayoritariamente del movimiento estudiantil.

Sin embargo, la emergencia de la juventud se vincula también con ─siguiendo a Carlos Mangone─ la consolidación de la industria cultural cuando, en los años sesenta, especialmente la televisión toma a la juventud como "objeto privilegiado de sus mensajes y apelaciones (simbólicos y reales) al consumo masivo" (Mangone y otros, 1997: 21).

El término "generación" aparece estrechamente asociado al de *juventud*, en la medida en que es una categoría que señala una serie de rasgos culturales e históricos que permiten *recortar* del conjunto de la sociedad a un grupo socializado bajo características comunes. Feixa pone en relación este concepto con el de "jóvenes" y entiende al primero como un nexo que une biografías, estructuras e historia, y que remite a la identidad de un grupo socializado en un mismo período histórico. Lo que diferencia a una generación de otra es, por un lado, una serie de factores históricos y estructurales y, por el otro, un sentimiento de "contemporaneidad" expresado por recuerdos en común, "acontecimientos de generación", espacios comunes y auto calificaciones (Feixa, *op.cit* 52).

Sin dudas, la perspectiva antropológica ha funcionado como "respuesta" a la biologicista, que "ignora" (o no problematiza) las diferencias de clase, género y las diferencias culturales que existen entre distintas sociedades. Al respecto, el concepto de juventud que se ha extendido durante gran parte del siglo XX ─que tiene alcance hasta el presente─ es el del joven "blanco, hombre y de clase media" (Passerini: 2000); es decir, cuando se hace referencia a los jóvenes aparecen implícitas estas características o bien otras (la rebeldía, el desvío, la confusión, como características inherentes) que los definen "más allá" de la edad.

Sin embargo, es necesario hacer dos señalamientos. En primer lugar, que no se puede prescindir de la edad como referente y que ésta ─si bien no es el límite de la

caracterización de los jóvenes─ necesariamente debe funcionar como un elemento de anclaje en su caracterización. Notablemente, a partir de los años noventa comienza un proceso de *juvenilización* de la sociedad (consagración de la estética "de los jóvenes": las vestimentas, estilos, gustos musicales, entre otros) que, si prescindiéramos del dato etario, no permitiría diferenciar a una persona de 20 años de una que la dobla en edad. Al respecto, Rossana Reguillo sostiene:

> La *edad* adquiere en estos procesos una densidad que no se agota en el referente biológico y que asume valencias distintas no sólo entre diferentes sociedades, sino en el interior de una misma sociedad al establecer diferencias principalmente en función de los lugares sociales que los jóvenes ocupan en la sociedad. La edad aunque un referente importante, no es una categoría *cerrada* y *transparente* (Reguillo, *op.cit*: 26).

En segundo lugar, si bien la caracterización no se agota en este dato, tampoco se trata de pensar la juventud como un cúmulo de atributos culturales permanentes y constantes o inmutables. Contrariamente, se trata de pensarla como una categoría abierta a redefiniciones, que reviste cierto espesor histórico y que permite aproximarse a determinados sujetos sociales. Los jóvenes, cuando irrumpen fuertemente en la escena política y cultural de la sociedad en el siglo pasado, suscitan determinados interrogantes que van *densificando* la categoría de juventud.

Una indagación pionera desde una mirada socio─cultural ─es decir, desde la segunda perspectiva caracterizada─ es el trabajo *Cultura y Compromiso* de Margaret Mead, quien establece el marco y la pregunta sobre la que se asentarán reflexiones posteriores en torno a los jóvenes: "En este siglo se plantea ahora con creciente insistencia y angustia una nueva pregunta: *¿Puedo consagrar mi vida a algo? ¿En las culturas humanas tal como existen en la actualidad, hay algo digno de ser salvado, digno*

de concitar mi compromiso?" (Mead, 2002: 16). Según la autora, los cambios que se insinuaban a fines de la década del sesenta establecían un contexto de profunda incertidumbre para los jóvenes, en la medida en que el futuro que enfrentaban se presentaba como un escenario completamente nuevo para las generaciones anteriores (*íbidem*: 92). En la nueva cultura ─que Mead denominó *prefigurativa*─ la especificidad de los jóvenes estaba dada porque entre ellos compartían un tipo de experiencia que ninguno de sus mayores había tenido ni tendría jamás (*íbidem*: 94).

El trabajo de Mead constituye un antecedente importante ya que introduce tres elementos que han constituido la orientación de varias reflexiones posteriores en torno de los jóvenes, y que serán retomados en el presente trabajo: a) la necesidad de pensar a la juventud en términos relacionales, lo que implica vincularla con otros grupos para poder dar cuenta de sus características distintivas; b) la importancia de preguntarse por los jóvenes en contextos históricos determinados (y no como un grupo con características esenciales e inmutables); y c) la convicción de que los jóvenes constituyen un grupo privilegiado para pensar los cambios en las sociedades. Este último punto es al que se ha hecho referencia en la *Introducción* en términos de pensar los jóvenes como *metáfora del cambio social,* y es lo que ─entre otros─ le otorga relevancia a la pregunta de este trabajo respecto a cómo ellos reconstruyen a la dictadura.

¿Cuáles serían las causas por las cuales este grupo constituiría un factor privilegiado para pensar algunas tensiones en la sociedad? Pensar a los jóvenes como metáforas del cambio social se fundamenta en que ─siguiendo a Mariana Chaves─ en el interior de este grupo se produce una tensión entre la instauración de los moldes sociales vigentes durante el período de socialización y las reelaboraciones y transformaciones que sobre esos patrones los jóvenes realizan, a partir de su propia realidad (Chaves, 2004). Como explica esta autora, no se trata de encontrar en los jóvenes las soluciones para los problemas presentes, sino de ver en ellos (en las relaciones que establecen entre pares,

en las subculturas, en los vínculos intergeneracionales, en los referentes que postulan, entre otros) "pistas", elementos, discusiones, para pensar las contradicciones que estructuran *la sociedad toda*. Como sostiene Reguillo, esta perspectiva implica "privilegiar un acercamiento en términos de cambio social, es decir, "de hacer hablar" al conjunto de elementos que entre los jóvenes apuntan a "nuevas" concepciones de la política, de lo social, de la cultura, en lo general" (Reguillo, *op.cit.:* 64).

Puntualmente, se trata de pensar, a los fines de este trabajo, las tensiones que se establecen con relación a la construcción de la memoria colectiva como un proceso siempre conflictivo, pero que ─en las nuevas generaciones─ evidencia una serie de elementos en ruptura respecto del relato que, en democracia, se instaló como hegemónico para explicar el período de la última dictadura militar.

EL DISCURSO HEGEMÓNICO: LA MEMORIA COMO *UNA* CONSTRUCCIÓN

DEFINICIONES Y PROBLEMAS

La problemática de la memoria se vincula, desde la perspectiva en que es abordada en este trabajo, con la del entramado de discursos que la constituyen, al mismo tiempo que con las relaciones de poder en las que la memoria se trama. Por eso, más que una definición única respecto de qué es la memoria y cuál es el discurso hegemónico, se busca pensar estos conceptos a partir del intento de la dictadura por ─como sostiene Ana Wortman (2003) ─ establecer una cultura que legitime y perpetúe el orden social impuesto por ella. Desde este lugar, se trabaja a partir de distintos abordajes que reflexionan sobre el problema de la hegemonía, como la caracteriza Antonio Gramsci (1949a; 1949b) y las reformulaciones que realiza Raymond Williams (1980). En menor medida en este trabajo, se consideran las perspectivas de Ernesto Laclau y Chantal Mauffé (1987; 2004) y Laclau (1996). La memoria se aborda aquí como un complejo *proceso* ─en términos tanto de

Tzvetan Todorov (2000) como de Héctor Schmucler (1995)─ que reviste algunas particularidades en el "caso argentino". Al respecto, se siguen los trabajos de Ludmila da Silva Catela (2000) y Daniel Feierstein (2000; 2002). Es a partir del conjunto de estas reflexiones que se realiza una aproximación a la problemática del "discurso hegemónico" como dimensión de análisis y no como objeto de estudio, que ha sido motivo de otros trabajos.

Interesa remarcar la articulación que existe entre una serie de categorías, como así también situarlas en el marco de algunas tradiciones teóricas que permiten deslindar los límites de sus significados. Tal vez, el término que más ambigüedad presenta (por la diversidad de ámbitos, géneros y registros en los que se usa) es el de *discurso*. Sin embargo, se entiende aquí el orden discursivo como uno de los aspectos materiales que, como sostiene Michel Pêcheux, forma parte de la materialidad ideológica:

> Dicho de otra manera: la *especie* discursiva pertenece, según nosotros, al *género* ideológico, lo que vuelve a afirmar que las formaciones ideológicas (…) "contienen necesariamente" una o más formaciones discursivas interligadas que determinan lo que puede y debe ser dicho (articulado mediante la forma de una arenga, de un discurso, de un panfleto, de un informe, de un programa, etc.) a partir de una posición dada en una coyuntura determinada (Pêcheux, 1978: 234).

Este punto de partida de la noción de discurso (inserto en la materialidad de lo social, desligado para su definición de las características textuales) permite entender la articulación con los conceptos de *hegemonía* y *memoria*.

El término "memoria" es portador de una gran cantidad de significados: se entiende por ella siempre cosas distintas y en muchos casos opuestas. Por otra parte, es un término que en nuestro país es utilizado con frecuencia por los organismos de

derechos humanos y las organizaciones sociales para referir a la última dictadura militar, por lo que varios de sus sentidos remiten a este período. Pero, más abarcativamente, la idea de "memoria" remite generalmente a la idea de "recordar". Sin embargo, Tzvetan Todorov realiza una distinción importante que "despega" el término de una serie de significados a los que generalmente se lo asocia: "la memoria no se opone en absoluto al olvido", sostiene. "Los dos términos para contrastar son la supresión (el olvido) y la conservación; la memoria es, en todo momento y necesariamente, una interacción de ambos" (Todorov, *op.cit*.: 16). Es decir, el olvido está implicado en la memoria, es inherente a ésta. Así, la memoria supone necesariamente selección: una clasificación de lo significativo, lo importante, lo que merece ser retomado en función de alguna finalidad.

Todorov distingue la memoria como *proceso* (de selección) del mero acopio de datos propio de una computadora, del archivo, es decir, de la memoria como un *producto*. En este proceso de selección, lo que está implicado es la querella por la determinación de los significados: de qué manera entender determinados hechos, fenómenos o acontecimientos históricos. Desde este lugar, la memoria no guarda una relación de equivalencia "punto por punto" con el pasado, sino que es una construcción de éste, individual y colectiva, que implica una determinada selección, relación y búsqueda de coherencia, e interpretación de los hechos desde el presente, y en la que está en juego siempre la propia experiencia del que narra, ya que la construcción de la memoria es tanto un proceso social como individual (Jelin y Kaufman, 2000; Williams, 1977).

Al respecto, es posible vincular el desarrollo del concepto de *memoria* en Todorov con el de *tradición selectiva* de Raymond Williams. Este autor, al recorrer los sentidos que históricamente ha tenido *tradición*, da cuenta de la significación que ha sedimentado en ella: la idea de *transmisión*, que conlleva implícitamente la idea de obediencia y respeto. Sin embargo, la tradición sería un proceso activo, ya que para que una tradición se establezca, es necesaria la intervención de las instituciones ideológico–culturales, que

están siempre vinculadas a una hegemonía social determinada y a su forma activa de funcionamiento. Williams da cuenta de que la tradición literaria inglesa que se va conformando desde principios del siglo XX, lo hace a partir de una operación de inclusión/ exclusión que obedece a motivos ideológico- culturales, y sólo en un segundo plano a cuestiones estéticas. (cfr. Altamirano y Sarlo, 1980:140; Williams, 2000: 320).

La memoria, en este sentido, "reúne" ─al igual que la tradición─ dos cuestiones de vital importancia para el punto de vista que se adopta en este trabajo: implica una forma de transmisión, a la vez que es un acto de selección que se despliega en el terreno de la cultura, terreno en el que ─siguiendo a Williams─ se desarrolla la vida social, y que lejos de remitir a la esfera de la subjetividad, es el terreno material de emplazamiento de las instituciones culturales y las prácticas sociales. Terreno, este, del conflicto. En su dimensión social, la memoria forma parte del proceso de conformación de la cultura de una determinada comunidad, y desde ese lugar, es un espacio de tensión política.

El tomar en cuenta su anclaje cultural resuelve ─a nuestros ojos─ la discusión acerca de si es una actividad "consciente o inconsciente", por lo que ese aspecto de la problemática no será tratado en este trabajo.

Así, en una primera aproximación, se entiende la memoria como una actividad de selección de hechos, explicaciones e interpretaciones del *pasado*, que se realiza siempre en el *presente*, con una proyección (búsqueda de inteligibilidad, de sentido) hacia el *futuro*. Sin embargo, los vínculos entre ese proceso y la temporalidad que abarca (las relaciones entre pasado, presente y futuro) son, de alguna manera, imprevisibles. Como sostiene Todorov, "la exigencia de recuperar el pasado, de recordarlo, no nos dice todavía cuál será el uso que se hará de él; cada uno de ambos actos tiene sus características y paradojas" (Todorov, *op.cit.*: 17).

Al respecto, la recuperación que se realizó de manera colectiva en los años transcurridos con posterioridad al último período militar se ve envuelta en uno de estos

usos paradójicos a los que hace referencia Todorov. Si bien es difícil determinar quiénes y cuándo comenzó a establecerse la memoria colectiva respecto del período, es posible identificar algunos hechos relevantes, como así también actores precisos. Es probable que la irrupción en la escena pública de los familiares (madres, abuelas, hermanos) de los desaparecidos haya sido el punto de partida. Ya en democracia, el Juicio a las Juntas (1985) como también el libro *Nunca Más* que recogió los testimonios de la CONADEP (Comisión Nacional sobre Desaparición de Personas) han sido centrales en el proceso de reconstrucción de la dictadura[16], aunque ─como se sostiene en este y otros trabajos─ estas instancias han colaborado también (sin dudas, en muchos casos, involuntariamente) en la constitución de lo que aquí se llama el discurso hegemónico. También los sublevamientos militares[17] que tuvieron lugar intermitentemente entre 1985 y 1990 permitieron abrir la discusión sobre "la cuestión militar", estableciendo un nexo con la dictadura.

Es posible afirmar que, ya en democracia, se instaló con fuerza un discurso que operó *justificando* lo ocurrido durante la dictadura: a esto se hace referencia aquí en términos del "discurso hegemónico". Por discurso hegemónico se entiende, con de Daniel Feierstein (2000), la realización simbólica del genocidio:

[16] La CONADEP (Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas) fue creada por el presidente Raúl Alfonsín el 15 de diciembre de 1983 para investigar las violaciones a los derechos humanos ocurridas entre 1976 y 1983. Su investigación, plasmada en el libro *Nunca Más*, entregado a Alfonsín el 20 de septiembre de 1984, "abrió las puertas" para el juicio a las Juntas de la última dictadura militar.

[17] El 16 de abril de 1986 (meses después de concluida la primera fase del juicio a las juntas militares) se organiza un sublevamiento militar en Campo de Mayo dirigido por el teniente coronel Aldo Rico. Se rinden, días después, luego de negociar con el entonces presidente Alfonsín en la Casa Rosada. A comienzos de 1988 se produce la segunda crisis militar en ese período constitucional. Los rebeldes dirigidos por Aldo Rico se rinden nuevamente frente a los militares leales al gobierno. El 2 de diciembre del mismo año se produce un nuevo acuartelamiento carapintada, esta vez comandado por Seineldín, desarmado por las fuerzas leales. Sin embargo, obtienen las leyes de Punto Final y Obediencia Debida que sanciona el Gobierno Nacional, que accede a las presiones de los militares sublevados.

> Las prácticas genocidas no culminan con su realización material (es decir, el aniquilamiento de una serie de fracciones sociales vistas como amenazantes y construidas como “otredad negativa”) sino que se realizan en el ámbito simbólico e ideológico (Feierstein, 2000: 113)

El discurso hegemónico es una determinada manera de categorizar el período de la última dictadura y a los actores sociales de la época que contribuyó a justificar las desapariciones y asesinatos de personas, a partir de una compleja operación que tiene a la figura del *desaparecido* como sujeto social central. Este discurso se constituyó con posterioridad a la última dictadura y esa "puesta en escena" de los hechos se produjo en el marco de un proceso colectivo que, si bien configura de distintas maneras ─en apariencia disímiles─ el tema de la dictadura, termina por justificar lo ocurrido a través de una estrategia de selección/ borramiento.

Según Daniel Feierstein, las víctimas se caracterizaban por su militancia. Es decir, es justamente porque militaban, por sus ideas y prácticas políticas, que desaparecieron. Sin embargo, se ha consolidado con posterioridad al genocidio una imagen que consiste en clausurar los tipos de relaciones sociales que esos cuerpos encarnaban, en la medida en que la categoría de *desaparecido* anula la trayectoria de vida de los sujetos con anterioridad a la desaparición: los nombra por lo que han hecho con su cuerpo y no por lo que ese cuerpo era *antes de* la detención. Esta negación del pasado familiar, de su militancia, de la vida laboral entre otros, es una de las formas o estructuras del discurso hegemónico; es en este sentido que Feierstein (2000) sostiene que para que algo *no exista*, no basta con borrar los cuerpos sino que además es necesario suprimir las prácticas y relaciones sociales que esos cuerpos encarnaban.

El carácter hegemónico, como fue mencionado anteriormente, implica que este discurso fue sostenido tanto por los "responsables visibles" de la dictadura como por

amplios sectores de la sociedad civil, incluidos organismos de derechos humanos o familiares directos de las víctimas del genocidio que, de manera no deseada, contribuyeron a cristalizar un sentido respecto de lo ocurrido en ese período.

El eje del discurso hegemónico es, así, la figura del desaparecido, que sobreviene como un concepto "neurálgico" para este abordaje por la carga semántica que tiene, ya que ─como sostiene Catela─ la sola enunciación de esta palabra "obliga a realizar un pasaje desde los años setenta hasta la actualidad y a *mapear* la posición de quién emite" (Catela, *op.cit.*: 157). Si bien "desaparecido" en otras décadas anteriores a los años setenta no necesariamente reenviaba a la esfera de la política, hoy es ineludible remitir mediante su uso al espesor histórico acumulado en las últimas dos décadas.

Cuando se hace referencia a la figura del desaparecido se la está pensando como una construcción contingente que obedece ─como sostienen Laclau y Mauffe (1987; 2004)─ a una práctica articulatoria hegemónica, es decir, política, a partir de los discursos que "constituyen el tejido social". Desde esta perspectiva, el contenido del significante "desaparecido" resulta del producto de una relación hegemónica que implica "llenar ese vacío", otorgarle un significado.

¿De qué manera es posible acceder a este discurso? ¿Cuáles son sus lugares de inscripción? ¿Se cristaliza de igual manera en todos los sujetos? Como sostiene Rosana Guber, "el sentido de la vida social se expresa particularmente a través de discursos que emergen constantemente en la vida diaria, de manera informal por comentarios, anécdotas, términos de trato y conversaciones" (Guber, *op.cit.*: 75). Es en estos "pliegues", en los géneros de la vida cotidiana, en los que se trata de encontrar la presencia de este discurso. Pero la hipótesis que orienta este trabajo es que, entre quienes nacieron con posterioridad a la dictadura militar, por el hecho de no tener participación directa en los hechos (tanto en el período de la dictadura como en el de la democracia en el que, como se detallará más adelante, se fue construyendo el discurso

hegemónico) emergen representaciones nuevas, con diferencias significativas respecto de la forma de interpretar el período y a los actores sociales de la época.

> REPRESENTACIONES, NARRACIONES, RUPTURAS.

EL ABORDAJE METODOLÓGICO

Identificar determinadas representaciones permite entender o explicar ciertas prácticas. Como señalan Vich y Zavala ─sintetizando una larga tradición teórica─ "las representaciones que tenemos sobre el mundo determinan nuestras relaciones con él" (Vich y Zavala, 2004: 19). Es por esto que “explorar” de qué manera un grupo de jóvenes que proviene de familias con distintas tradiciones políticas (algunos con familiares o personas conocidas que han sufrido el secuestro o la desaparición durante el último período dictatorial, pero otros con familias en las que este tema no ingresa sino distante y "tardíamente" en las conversaciones familiares; algunos con padres y familiares militantes en partidos políticos en los años setenta, otros con relaciones cercanas a organizaciones nucledas a partir de la Iglesia Católica) recrea la dictadura, permite discutir con algunos de los elementos estigmatizadores que recaen sobre los jóvenes y, a la vez, permite dar cuenta de las discontinuidades que se producen con lo que en este trabajo se ha llamado el discurso hegemónico.

Para el análisis se ha trabajado sobre entrevistas a 16 jóvenes, nacidos entre el año 1978 y 1984, es decir que, al momento de la dictadura, o bien no habían aún nacido o bien eran demasiado chicos como para desarrollar vivencias “propias” en ámbitos como la escuela o con vínculos entre pares. La selección de los mismos surgió a partir de dos instancias. Por un lado, se trabajó a partir de entrevistas producidas por el proyecto

UBACyT S129 ya mencionado. Aquí se seleccionaron entrevistas a jóvenes que guardan algún vínculo familiar con alguna víctima de la dictadura. El segundo grupo se seleccionó a partir de una primera encuesta a 42 personas, en las que lo que se buscó fue, por un lado, indagar si había algún hecho relevante de la vida del país del que tuvieran algún conocimiento, y en segundo lugar, se les pidió que narraran algún episodio de su vida (familiar, con amigos, etc) para identificar si eran posibles informantes para el trabajo. Una vez seleccionados los informantes, se trabajó –como en las entrevistas anteriores– con entrevistas en profundidad, sobre las que luego versó el análisis que se realizó a partir de la elicitación de fragmentos que contienen alguno de los objetos discursivos que este trabajo se propone analizar. Para la exposición, se reproducen fragmentos representativos de las entrevistas, en los que se busca dar cuenta de las representaciones de los jóvenes. Se indica, en el pie de cada fragmento, el nombre de pila del joven y si pertenece a al grupo de aquellos que tienen algún familiar desaparecido.

Sin embargo, no es posible un abordaje de las representaciones sin –por un lado– ponerlas en relación con sus condiciones de posibilidad, y –por el otro– tampoco es posible un ingreso a ellas *transparente* o sin mediaciones. Las representaciones se inscriben en discursos particulares, circunscriptos en sus respectivos géneros y situaciones, por lo que están "cargadas" de historia, de tradición, de contradicciones y de inconsistencia. Es por esto que son perfectamente funcionales a la *hegemonía*, según la concepción de Gramsci (1949a y 1949b) y guardan estrecha relación con su concepto de *sentido común*; es decir: las representaciones tienen *esa* capacidad de ofrecer una versión legítima de los sentidos sociales a la vez que no exigen verificación alguna.

Como ya dijimos, los objetos discursivos escogidos para reconstruir y analizar las representaciones que los jóvenes tienen sobre un período pasado (los militares, los desparecidos, las instituciones civiles, la política y los partidos políticos) guardan relación

con el período actual, ese presente en el que esos objetos son reconstruidos. Intentaremos analizar también la relación entre ese pasado y este presente que se construye en sus discursos. Para el abordaje de estos objetos, dentro de la pluralidad de géneros a través de los cuales es posible acceder a determinadas representaciones, se han privilegiado la historia de vida y las anécdotas y narraciones familiares inscriptas en los relatos que tuvieron lugar en las entrevistas en profundidad.

El género "historia de vida" (que tiene su génesis en la búsqueda de nuevos enfoques y métodos cualitativos para las ciencias sociales y humanas en la década del setenta) permite acceder a y registrar las "narraciones familiares". Son géneros distintos: el primero se vincula con el ámbito académico, con una metodología de investigación, mientras que los relatos familiares se diferencian de la historia de vida por ser de un uso más corriente, que aparece en la "esfera" de lo doméstico, de carácter frecuente y que se manifiesta en determinados *rituales* familiares comunes como las fiestas de fin de año, los cumpleaños, las comidas regulares (como los almuerzos de domingo) entre otras situaciones. Sin embargo, ambos se relacionan con otros géneros como la autobiografía en los que las marcas del "yo" son frecuentes y constituyen índices específicos a partir de los cuales ingresan problemáticas como la construcción de saberes en las Ciencias Sociales, de identidades o de subjetividad (cfr. Pampillo, 1997; Guber, 2001). Para el registro de las narraciones, se privilegia el trabajo etnográfico, considerado como "enfoque, método y texto" (Guber, *op.cit.*:13) ya que permite captar la pluralidad de discursos, motivaciones y sentidos, pero sin dejar de relacionar estos textos con las respectivas situaciones sociales específicas y posicionamientos objetivos en los que se insertan.

De lo que se trata es de, a través de relatos de vida, identificar ciertas narraciones familiares ya que ─como sostiene Gloria Pampillo─ "a través de estos relatos, una familia busca convencerse, definir su identidad, legitimarse en el mundo social, pero cuando la

familia así lo hace, lo que al mismo tiempo manifiesta (...) es cómo la narración, es decir, un discurso, una construcción verbal, manifiesta el contexto histórico, social, político, económico en el que se inscribe" (Pampillo; 1997:4).

Los relatos que circulan en las familias dan cuenta de los conflictos que articulan muchas veces las relaciones entre los miembros a la vez que refieren habitualmente a situaciones de la vida pública, acontecimientos nacionales, hechos relevantes. Y es la narración un espacio textual privilegiado para acceder a representaciones por su *acriticidad*, por no estar sujeta a verificación, y por su carácter extendido, ya que ─como tipo textual y por sus usos─ reviste peculiaridades que la diferencian de la argumentación o la explicación propiamente dicha.

Lo importante de la narración para este tipo de abordajes es que, como señalan Fabiola Ferro y María Eugenia Contursi (2000), en el nivel semántico la característica fundamental del texto narrativo es que subordina las descripciones (de circunstancias, objetos, acciones y demás) a las acciones de personas. Y en el nivel pragmático, se caracteriza por dar cuenta de sucesos o acciones que revisten algún tipo de interés para los interlocutores, que resultan atractivas para la escucha, lo que "presupone que solamente se dará cuenta del suceso o de las acciones que, hasta cierto punto, se desvían de una norma, de expectativas o de costumbres (…) Un texto narrativo debe poseer como referente un suceso o una acción que cumplan con el criterio de suscitar interés" (Contursi y Ferro, *op.cit*: 30).

Con relación a su estructuración, lo que distingue a la narración de los otros tipos de textos es que, siguiendo la tipología de Adam, se caracteriza por dar cuenta de un proceso a partir tres momentos: una situación inicial (comienzo), seguida por una transformación (proceso medio) y una situación final (o fin); lo que indica el paso de un momento a otro son una serie de predicados que anuncian transformaciones y "saltos" de una situación a otra. En su tipología, Adam refiere a que existe una determinada

causalidad que orienta las acciones y que, sobre el final de este proceso, puede haber una evaluación o moraleja por parte del narrador (cfr. Ciapuscio, 1994).

Si bien la narración presenta, en tanto tipo textual, elementos diferentes que la argumentación, por ejemplo, a su vez en otro nivel esta distinción parece ser menos nítida, ya que las narraciones ─como sostiene Augusto Albajari─ tienen “objetivos retóricos e intenciones ilocutivas que además de ser expositivas son concebidas para mostrar una situación desde un punto de vista de una interpretación concreta" (Albajari, 1999: 156).

Los dos elementos mencionados anteriormente (es decir, la finalidad en última instancia persuasiva y el intento de suscitar interés) son relevantes ya que, en las narraciones que circulan familiarmente, emergen hechos significativos que son traídos por los entrevistados y que tienen como protagonistas a los actores sociales de la época (fundamentalmente en las entrevistas realizadas al grupo que guarda alguna relación filial con una víctima).

Desde este lugar no resulta importante la búsqueda de la verdad o falsedad respecto de aquello que se está diciendo sino que es necesario focalizar en aquello que se elige como significativo para estructurar la narración, es decir, lo que se busca aquí es reconstruir (a partir de la subjetividad de quien narra, que se manifiesta en la puesta en escena discursiva) determinadas representaciones sociales que permitan pensar si se está produciendo una ruptura con el discurso hegemónico. En esta línea, Roland Fraser sostiene que lo que se busca no es una lectura desde "lo psicológico" sino desde la "coherencia relacionada con la causalidad lógica de las acciones realizadas", de la exposición de los hechos que son seleccionados por el narrador para contar a los demás (Fraser, 1990).

Es por las características mencionadas que el análisis de las narraciones no pude circunscribirse únicamente al análisis de los textos producidos durante las entrevistas. A

la vez, se privilegia la indagación a partir de las corrientes del análisis del discurso que ─como señala Dominique Maingueneau─ "desvían" la atención del sujeto hablante para integrarlo al funcionamiento de textos cuyas condiciones de emergencia "se articulan sistemáticamente sobre formaciones ideológicas" (Maingueneau, *op.cit*.:10), por lo que el análisis no se reduce a una indagación de las características "internas" ni a un análisis de contenido. Sin embargo, es necesario problematizar (o tener en cuenta al menos como *un elemento más* constitutivo del género) la *estructuración* de los textos, ya que la narración como secuencia textual resulta un elemento significativo a la hora de entender el proceso de construcción de la memoria social. Por otra parte, la narración aparece estructurando varios de los géneros de la vida cotidiana que funcionan transmitiendo conocimientos, saberes, tanto "dentro" como "entre" generaciones. Y esto al margen o en paralelo a los géneros escritos o audiovisuales. Como ya dijimos, los relatos orales son dispositivos privilegiados de construcción de sentido, especialmente en determinados momentos de la vida de las personas, como la infancia o la "temprana" adolescencia.

Así, el abordaje desde esta perspectiva se justifica, además, a partir de la caracterización de "la finalidad" que atañe al Análisis del Discurso: como sostiene Mainguenau "su actividad no se ejerce sobre cualquier corpus; las selecciones que realiza son inevitablemente un modo de intervención en los conflictos ideológicos" (*íbidem*: 10).

¿De qué manera este trabajo busca *intervenir*? El "ejercicio" de búsqueda de *lo nuevo* adquiere, además, una relevancia en términos que, probablemente, sobrepasen los objetivos académicos. En los años setenta el terrorismo de Estado centró su accionar especialmente sobre los jóvenes[18]. En los ochenta, las consecuencias de la década anterior se hacen sentir ─como sostiene Reguillo─ en la *invisibilidad* en el terreno político de los jóvenes, debido a "la derrota política, pero especialmente simbólica" de los setenta,

[18] Según los datos publicados por la CONADEP, el 21% de los desaparecidos eran estudiantes, el 43,23 tenía entre 16 a 25 años y el 38,16% de 26 a 35 años.

“aunada al profundo desencanto que generó el descrédito de las banderas de la utopía y el repliegue hacia lo privado” (Reguillo, *op.cit*:20).

Los años noventa, identificados con la legitimación del neoliberalismo como modelo económico─cultural, marcaron la pauperización e incluso la exclusión de un sector importante de la sociedad, y la profundización del proceso de estigmatización de los jóvenes a la vez que el crecimiento de las situaciones de violencia en las que estos se vieron envueltos, lo que produjo un retraimiento de las posibilidades de expresión de una voz propia o generacional. Es por eso que “abrir el juego” e indagar en el discurso de los jóvenes puede posibilitar el descubrimiento (como algo que *está ahí* pero que no se ve) de nuevas pistas para pensar la coyuntura y la historia, y para revisar no solo los discursos estigmatizadores sino también los “humanistas”, que terminan operando bajo la misma lógica que el discurso que, ya en democracia, permitió justificar una dictadura.

CAPÍTULO III

LA MEMORIA COLECTIVA: ENTRE EL PESO DEL DISCURSO HEGEMÓNICO Y LA IRRUPCIÓN DE "LO NUEVO"

Es indudable que en diciembre de 1983 se produce el retorno del orden democrático. Sin embargo, la democracia ha sido "puesta en jaque" por los intentos y amenazas de golpe de estado o por los "pronunciamientos" de los militares. Desde otro lugar, la misma idea de "democracia" está bajo sospecha ya que, se señala, entre el último régimen dictatorial y los gobiernos democráticos que lo sucedieron habría varios (y capitales) elementos comunes, especialmente en términos de política económica. Si interesa señalar esto es porque cuando se hace referencia en este trabajo al discurso que se extendió para dar cuenta de lo sucedido en la última dictadura se está tratando de establecer la forma en qué, en el nivel simbólico, la dictadura extendió su influencia más allá de los límites temporales que abarcó: instauró un imaginario que operó justificando ─como fue mencionado en el capítulo anterior─ el accionar represivo. De lo que se trata es de ver la forma en que este discurso se cristaliza y señalar, justamente, las grietas que presenta en la forma en que las nuevas generaciones reconstruyen aspectos de la última dictadura a partir de su propia experiencia, es decir, a partir del acontecer cotidiano transcurrido en el marco de la democracia[19].

Señalar esta continuidad es, en alguna medida, una obviedad: se puede fácilmente pensar que es altamente probable que persistan elementos, tiempo después de ocurrido un acontecimiento significativo como fue la última dictadura. Pero lo que se quiere marcar

[19] Por otro lado, quienes nacieron con anterioridad al último golpe no han tenido posibilidad de vivir períodos democráticos prolongados, ya que entre el año 1930 al año 1983 se sucedieron 6 golpes de estado llevados a

es que, bajo la apariencia de un discurso de signo opuesto, lo que hay es una misma lógica para pensar a los desaparecidos y asesinados por el terrorismo de estado, lógica que comienza ─de todas formas─ a deshilvanarse, lo que no quita que aún opere también entre los jóvenes (tal vez ese sea su cometido). Los relatos, las historias que de generación en generación se transmiten (y en este caso, se trata de la transmisión de un hecho reciente en términos históricos), constituyen una de las formas de construcción de sentido más fuertes y arraigadas en la tradición y, de ahí, su persistencia.

> UN REPASO POR EL DISCURSO HEGEMÓNICO

EL CASO DE LOS "FAMILIARES"

Además de las investigaciones mencionadas en el capítulo anterior, recientemente, otros trabajos han abordado la vinculación de las juventudes con la dictadura, como así también el proceso de reconstrucción de la identidad de los desaparecidos a través de los relatos familiares. Ludmila da Silva Catela (2001) se propone indagar los sistemas de prácticas y representaciones de los familiares de desaparecidos. La autora sostiene que los integrantes de estos grupos ─que mantienen con algún desaparecido un "lazo primordial", es decir, que son hermanos, padres, hijos o familiares─ establecen discursos y prácticas diferenciales en función de la generación a la que pertenecen. Según la autora, esta materialización de los discursos "en clave generacional" evidencia diferencias y disrupciones:

---

cabo por las Fuerzas Armadas (1930, 1943, 1955, 1962, 1966 y 1976), época en la que el período democrático más prolongado no superó los 9 años (entre 1946 y 1955).

> El hecho de realizar entrevistas con personas de generaciones diferentes (madres, abuelas, esposas, hijos, hermanos) llevó a delinear los significados de la identificación generacional como uno de los fundamentos productores de diferencias en las acciones y discursos (Catela, *op.cit* 30).

La autora identifica tres grandes cortes etarios (siempre la relación parental se establece en función del vínculo con el desaparecido) según la "afectación"[20] que guardan con las víctimas del terrorismo de estado: la generación de los padres de los desaparecidos, la de los hermanos y la de los hijos. Respecto de la primera, la autora sostiene que los relatos están marcados por "una especie de "idealización del pasado", no en términos políticos y sociales, sino en torno a la potencia de sus luchas" (*íbidem*: 31). Lo que interesa destacar es que, en el trabajo de Catela, se insinúa algo que aquí se afirma: que opera fuertemente un discurso que construye a las víctimas de una manera particular, y que esa particularidad radica en la negación de aspectos de la trayectoria de vida de los desaparecidos; trayectoria que permite entender las causas de un genocidio.

Si bien no se busca reconstruir en el presente trabajo el discurso de la "generación de los padres" de quienes fueron asesinados o desaparecidos en los setenta, es posible ─a partir de entrevistas realizadas por integrantes del proyecto UBACyT S129─ ilustrar este discurso para pensarlo luego en los jóvenes. Por ejemplo, en el fragmento de una entrevista que sigue a continuación realizada a padres de un desaparecido[21] (es decir, personas que actualmente podemos identificar como pertenecientes a la "tercera edad") se recuperan claramente algunos elementos del discurso hegemónico con el que queremos comparar la forma de narrar de los jóvenes:

[20] La autora lo expresa de la siguiente manera: "Según los recortes "nativos", como vemos, se pueden distinguir esquemáticamente tres generaciones "afectadas" por los dramas del Terrorismo de Estado".

[21] Esta entrevista fue realizada por el Proyecto UBACyT S129 durante el año 2001.

Padre─ Pero mucho **no participaba**. **No tenía ninguna guerrilla**, no estaba armado, no iba armado.

Madre─ Eso no porque yo le pregunté

Padre─ **No iba armado**. Sabía que lo seguían por todos lados. Pero seguía con sus…haciendo **las cosas que a él le encomendaban, poca cosa**: repartía un diario, una revista, un panfleto. **Pero no intervino en ninguna acción guerrillera** (silencio). **No participó**. **No estaba en nada, estaba en un movimiento**.

Este discurso ha tomado otras formas pero el mismo contenido: por ejemplo, esa idea extendida por el sentido común que señala que "desaparecías por estar en una agenda". Como señala Daniel Feierstein (2000, 2002), el discurso que se naturalizó para explicar/ comprender la dictadura se articula a partir de la negación (o "borramiento") de la trayectoria militante del desaparecido, y funciona a partir de la oposición culpable/ inocente, o ─en otras palabras─ el que milita o "está metido en algo" y el que "no tiene nada que ver". En el fragmento anterior, la serie de negaciones que tanto el padre como la madre del desaparecido establecen ("no participaba"; "no era guerrillero"; "no iba armado"; "no estaba en nada") constituyen casos de *polifonía*[22], es decir, de aparición de otro/s punto/s de vista en el discurso en los que están presupuestas las afirmaciones de que militaba, participaba en un grupo armado, etc., como rasgos negativos que operarían para justificar la represión. Es posible corroborar que estas afirmaciones tienen como principal

[22] Si bien la noción de polifonía es introducida por Mijail Bajtín para dar cuenta de la pluralidad de voces presentes en una obra literaria, en este trabajo se toma la reformulación del concepto que realiza Oswald Ducrot en el marco de su teoría de la enunciación, para dar cuenta de la pluralidad de voces en el interior de un enunciado.

enunciador a la figura del militar[23]. Pero, en definitiva, las negaciones terminan por justificar lo ocurrido: es *justamente* porque militaban y por la trayectoria anterior al momento de la desaparición (campo de intereses, prácticas políticas, formas de asociación…) que se produce el genocidio.

En el caso de las desapariciones de personas que eran *compañeros* (o parejas) la culpabilización aparece claramente para explicar lo sucedido:

> **J–** O sea, los padres de él creían que Noemí **estaba metida en algo** y lo estaba arrastrando a Sergio, **que no tenía nada que ver en nada.** Y los padres de Noemí pensaban que ella no estaba **metida en nada** y que sí Sergio estaba metido estaba **metido en algo** y la arrastraba a Noemí. **Y en realidad** eran los dos que estaban en lo mismo. Entonces obvio que no querían que estuvieran juntos, que se casaran ni nada. Pero bueno, ellos lo decidieron y se casaron (Juana, sobrina de un desaparecido).

La importancia de estas entrevistas es que fueron realizadas a familiares de víctimas, es decir, a aquellas personas que han sido afectadas *directamente* por el terrorismo de estado. Esa expresión es arriesgada y tal vez inexacta, y no tiene más que un valor si se quiere analítico, ya que es difícil determinar los "grados de afectación" que un genocidio puede producir en los sujetos, más allá de los vínculos parentales. De todas formas, como señala Feierstein, "la imposibilidad de comprender una acción tan compleja y matizada como el asesinato en masa ha sido un obstáculo constante para combatir su

[23] Catela transcribe un segmento del diario La Prensa del 3 de enero del 76, en la antesala del Golpe, tras el ataque a Montechingolo en el que se sostiene que "debe insistirse sobre la extrema juventud de los extremistas, su origen común, estudiantes que concurren a los niveles secundarios y terciarios de educación, lo cual permite inferir graves conflictos, tanto en la influencia y despreocupación recibidas en ciertos hogares como en el tipo de enseñanza que reciben" (Catela, op. Cit: 38). En este fragmento, además de la denominación de los militantes como extremistas, se señala el factor "juventud", que -en esta serie- queda significado en términos negativos, estigmatizado.

realización" (Feierstein, 2000: 126). Si bien no se trata (de ninguna forma) de desdibujar un dolor personal, tratando de imprimirle explicaciones racionales, desde este análisis se pretende sí trascender el lugar del dolor para abordar la dimensión social del discurso respecto del período. Como fue mencionado, es a través de relatos familiares ─y especialmente en aquellas personas que tienen a sus padres desaparecidos─ que muchos jóvenes toman contacto con la dictadura. En el fragmento anterior, en la narración que la entrevistada realiza de los hechos, aparece un elemento sobre el cual se hará hincapié más adelante, pero que es posible comenzar a identificar aquí. En el segmento evaluativo de la narración (que se inicia con el verificativo "en realidad") el enunciador introduce su punto de vista, que parece estar en discordia con el de quien había narrado anteriormente estos hechos (los padres de Noemí y de Sergio): "los dos estaban en lo mismo", aunque en la voz de la generación de los padres la militancia de sus respectivos hijos aparece elidida.

Así, la figura del desaparecido se configura a partir de la negación, de la construcción de una alteridad, que suprime el pasado político, familiar, laboral entre otros y que lo construye en base a lo que "hicieron con su cuerpo" (desaparecer) y no en base a otros atributos, es decir que lo que operó aquí es el borramiento de su trayectoria de vida. Es un acto tanto por lo que destruye (cuerpos) como por lo que construye: la desaparición simbólica; se intenta borrar, desaparecer de la memoria colectiva la identidad de las víctimas, las experiencias anteriores a su detención; aquellas que, justamente, permiten entender la complejidad de lo ocurrido. Como sostienen Mónica Muñoz y Mariana Pérez (2001), "desaparecido" nombra a un nuevo sujeto social (como "el trabajador", "el ama de casa", "el estudiante", etc.) no por sus características sociales, familiares, culturales y políticas, sino en términos de lo que *otros* han hecho con esa persona.

Es posible identificar este discurso en algunos de los testimonios de los jóvenes. En este caso, aparece una figura de otra generación como interlocutora de este discurso,

que también se evidencia en algunos hijos de desaparecidos:

> **J–** "Lo que dice mi abuela, es que... es como que, claro, mi papá no era el hijo de ella, ¿no? la hija era mi mamá, y medio **como que lo culpan un poco, o sea, a mi papá, de lo que pasó** ¿entendés? O sea porque... es como que mi mamá, lo seguía mucho a él, era la compañera de él, o sea no le quería dar la espalda. Pero yo no sé si realmente **tenía algo que ver** ¿entendés? (Juan, hijo de desaparecidos).

> **L–** Y bueno, y si él [se refiere a su padre con relación a la militancia] en ese momento habrá pensado que eso era lo mejor o... no habrá tenido idea de lo que estaba haciendo o no sé. Estaba obsesionado, qué sé yo. No lo veo ni mal ni bien, era lo que hacía. Veo mal que de repente no hubiese defendido a ella [se refiere a su madre] y hacerse cargo de la cagada que se había mandado, y decir "**no**, **ella no tiene nada que ver**" (Lore, hija de desaparecidos).

De manera más general, la sola enunciación de la palabra "desaparecido" convoca una serie de ambigüedades, incertidumbres, respecto de las víctimas que, si bien no necesariamente interviene *legitimando* (en la forma en que ha sido expuesto acá: es decir, negando los motivos que propiciaron el genocidio) opera construyendo una figura difícil de conceptuar, de describir, de decir. "Desaparecido" hace difícil comprender con alguna precisión lo ocurrido más allá de la desaparición del cuerpo, y proporciona una versión simplificada (de la que pocas veces, al convocarla, los entrevistados toman distancia) que no permite establecer una causalidad clara entre la desaparición y los motivos que la provocaron:

> **J–** Yo a la policía, a veces me lleva, y voy a la comisaría y en el interrogatorio me preguntan qué hacen mis padres, y digo "hijo de desaparecidos", "¿y cómo se pone eso?"

> Y se preguntan entre ellos. “¿escribo desaparecido? ¿Cómo es? ¿Cómo desaparecido?”, dice el policía. “Y no sé, no sé qué onda, pregúntenle a los militares, se lo habrán llevado ellos” Y se preguntan entre ellos para ver cómo se puede poner eso, como se pronunciaría. Y yo me quedo pensando a veces… (Javier, hijo de desaparecidos)

> **T─** Yo me acuerdo una vez que explicaba a mis compañeritos del jardín y les decía "no porque mis papás son desaparecidos, porque los militares vinieron y se los llevaron porque ellos pensaban distinto", ese era el… bueno, estaba bastante cerca de la realidad. Mis amiguitos me miraban y decían "¿quién, un mago los hizo desaparecer?", "no, no". Calculo que después todas las madres me habrán odiado pero (o no), pero nada, era como que yo sabía lo que, medianamente, lo que pasaba y a medida que iba pasando lo iba sabiendo... (Tania, hija de desaparecidos).

Es posible, tanto a partir de las entrevistas realizadas como de los trabajos a los que se ha hecho referencia, sintetizar, puntualizar brevemente, los dos sentidos que se consolidaron en torno a los desaparecidos ─eje central del discurso hegemónico─ y las consecuencias que esto trajo :

- En primer lugar, mediante este discurso se explica la desaparición a partir de un proceso de inocentización ("no estar en nada"/ "no haber hecho nada", o “Solo por pensar distinto”) y/o de demonización de los ejecutores (Feierstein, 2000; 2002): los militares que llevaron a cabo el golpe son demonios orientados por una fuerza irracional, brutal.
- En otro orden, la categoría desaparecido puede ser caracterizada a partir de tres elementos: la falta de un cuerpo, la falta de un momento de duelo y de una sepultura, lo que, por esta serie de ausencias, produce una "nebulosa" (Catela, *op.cit*.: 121), como en el ejemplo de Rodrigo, que dificulta comprender lo sucedido.

Este segundo punto presenta variaciones, en las que con frecuencia se hizo referencia a la exaltación del horror respecto de lo que hicieron con los cuerpos (formas de tortura, frecuencia, destino de los cuerpos…) (cfr. Feierstein, 2000).

Es comprensible esta conceptualización si se consideran las condiciones socio–históricas en que este discurso se originó. Con anterioridad (y simultáneamente) a las desapariciones masivas, se produjo una fuerte estigmatización de los militantes (y en especial, de los jóvenes) que terminó por construir una *otredad* fuertemente negativa. Como respuesta a esto resultó imprescindible (como sostiene Catela a partir del trabajo ya citado, basado en entrevistas que realizó con *familiares*) silenciar cualquier tipo de militancia para no arrastrar la explicación de los hechos a la "teoría de los dos demonios", a la vez que se exaltaron los valores positivos y "solidarios", con el fin de alejar a las víctimas de las categorizaciones peyorativas de *guerrilleros*, *terroristas* o *subversivos* (Catela, *op.cit*.:248).

Sin embargo, este discurso traspasa las barreras de las familias de los “desaparecidos”. El imaginario respecto de la culpabilidad (o su contra–cara, la *inocentización*), además de imposibilitar la reconstrucción de las víctimas con otros atributos más que el de *desaparecidos* y la demonización de los ejecutores, aparece también en el discurso de quienes no han tenido familiares asesinados durante el período.

> SENTIDO COMÚN Y RELACIONES DE PODER

EL DISCURSO HEGEMÓNICO EN LOS "NO─ FAMILIARES"

Cuando se hace referencia al discurso hegemónico, se ponen en relación dos categorías sobre las que conviene volver para mencionar algunas características: *discurso* y *hegemonía*. Lo que interesa remarcar es, justamente, que un discurso que tiende a legitimar lo ocurrido es sostenido por un conjunto de actores que, en muchos casos abiertamente, confrontaron con los sectores que llevaron a cabo el golpe de estado. Pero en esto radica la extensión de este discurso: se ha constituido como dominante. Así, este discurso hegemónico aparece de manera naturalizada, como un saber acrítico, y es en este sentido que constituye parte de la hegemonía en los términos en que Gramsci la entiende ─y como es retomada por la primera generación de los Estudios Culturales─ es decir, como una forma de dominación mediante el consenso que opera sobre las representaciones que los miembros de una sociedad, en un determinado momento histórico, forjan para dar cuenta de su experiencia social (Gramsci, 1949a y 1949b). Entonces, la idea de discurso hegemónico se vincula con las más abarcativas de *hegemonía* y *sentido común*.

En *Lenguaje y sentido común. Las bases para la formación del discurso dominante*, Alejandro Raiter sostiene que el sentido común

> Forma parte del sistema de una lengua ya que es un hecho social y por él pueden interpretarse los enunciados producidos en el seno de una comunidad; está constituido por signos lingüísticos y tiene la particularidad de no haber sido nunca enunciado completo como tal, es decir que la combinación que forman los signos que lo representarían no es explícita" (Raiter, 2002: 15).

Por lo que este discurso no tiene una forma única (aunque, sin duda, se han extendido algunos clichés al respecto, como el "por algo será") sino que lo que lo caracteriza mejor son ciertas unidades de sentido a las que se ha hecho referencia en el apartado anterior. Como sostiene Raiter, el *sentido común* establece los límites y las condiciones de interpretación de significados, "posibles e imposibles", para una interacción. De ahí que la idea de "no haber hecho nada", "no estar en nada" no pueda entenderse sino de manera condenatoria, manera que constituyó el *pívot* para construir a *un otro* negativo que, en tanto portador de un estigma, merece ser aniquilado.

La construcción de una *otredad* estigmatizada constituye ─según Feierstein (2000)─ el "paso previo" a la consumación de un acto de violencia material; al igual que en el caso de la *shoá* (en la que los judíos, y también los gitanos, comunistas y los homosexuales entre otros fueron estigmatizados previamente al genocidio) en la dictadura argentina se apeló a una estigmatización del joven ─ militante, que fue adquiriendo diferentes significados como *subversivo*, *guerrillero* o *extremista*. Esta operación colaboró en el establecimiento de una "puesta en escena" de los hechos que sentó las bases para la constitución del discurso hegemónico, caracterizado por una polarización (demonios/ inocentes) y por la existencia de un "tercero excluido" (como se evidencia en las siguientes entrevistas realizadas a jóvenes que no tienen vinculación familiar con ningún desaparecido): la *sociedad:*

> **R─** Yo tengo amigas que hoy en día dicen, bueno, estaban los malos y estaban los buenos. O sea, el subversivo era malo, ya está. **Me parece que tiene pasar ese, ese (...) discurso y lo dicen convencidas. "No, yo no estoy de acuerdo con que se mate, pero".** Pero como si siempre estuviera la línea y estaban los subversivos o los que les decían los subversivos y acá los militares y me embola, me embola (…) Desde los que estamos un poco más..., que no nos tocó tan de cerca, la vemos como una actividad de

otros.

E –Este discurso que decís de los buenos y los malos ¿vos lo ves muy extendido o lo escuchás seguido?

R–Antes por ahí lo escuchaba más seguido. Pero porque antes también (...), no sé porqué, las discusiones políticas entre mis amigos eran más frecuentes. No los veo tanto, sino también nos pelearíamos. Sí, está bastante extendido, pero también por no saber, por decir **"bueno, no sé mucho, pero había gente que hacía esto y entonces vinieron los otros y se dio; acá estaba la línea, acá estaban unos y acá estaban otros".** O, por ahí, **"exageraron un poco".** He escuchado a amigas mías decir "bueno, exageraron". ¡No! Lo escuché bastante. (Rosario)

M–Obviamente, yo no quiero ningún golpe de estado acá, ya sufrimos mucho. Aparte sé... Comentarios que me llegaron de la época es que mucha gente no sabía lo que pasaba y mucha gente se dio cuenta después, mucha gente dice que si hubiéramos ganado Malvinas tal vez hubiéramos seguido con Dictadura (…) No sé, sé... Me gustaría profundizar sobre el tema de la Dictadura, pero sé que fue una época…Yo, en un momento, llegué a decir, te juro, que después me arrepentí: lo único que justifico del golpe, que está bien, es que hayan eliminado a la guerrilla porque en ese entonces había guerrilla. La época cuando volvió Perón, Isabelita, pero no... dije: lo único bueno que hicieron fue eliminar a la guerrilla porque el país..., era un caos el país, pero... Después me arrepentí de haber dicho eso. Porque..., está bien, no es un lindo vivir en un país donde haya **guerrilla matando unos a otros por las ideas que tienen**, pero...no me gusta la forma en que eliminaron la guerrilla, los masacraron a todos. No sólo a ellos sino a toda la sociedad. **Es más: cuando hay una dictadura vos podés no ser guerrillero o estar en contra de algo, te tildan de guerrillero y te matan**. Fue algo...dicho sin pensar. (Mauro)

Dos bandos que se enfrentan, un fuerte estigma sobre uno de los grupos, un tercero (la sociedad) que mira desde afuera. En *Seis estudios sobre el genocidio*,

Feierstein establece un esquema de explicación, un patrón, que opera en la explicación de un genocidio[24], que consiste en la existencia de tres actores: "genocidas locos y poderosos y víctimas mansas y sin capacidad de defensa, y espectadores ignorantes y ajenos a todo proceso" (Feierstein, 2000:123). Según este autor, en el contexto de la década de los años ochenta se intentó compartir la responsabilidad del genocidio entre las fuerzas genocidas y los grupos políticos aniquilados, "convirtiendo el concepto *provocación* directamente en un concepto de *culpabilidad*".

Así, "demonizar" se vincula con la idea de la responsabilidad por lo ocurrido: *demonizar* señala sólo a los militares, pero olvida que la situación de dictadura se conformó a partir de un entramado social mucho más complejo. Como señala Schmucler (1995), la forma de identificar al período como "dictadura militar" señala solamente a un sector en el marco de un complejo proceso, por lo que ─como afirma este autor─ un modo más próximo de nombrar lo ocurrido debería poder dar cuenta de un "estado de dictadura", como una forma más amplia de caracterizar el período.

En este sentido, la "teoría de los dos demonios" expuesta en el "Prólogo" del *Nunca Más* constituyó la agencia fundamental de propagación de ese discurso[25]. Llamativamente, ese texto ha aparecido en muchas de las entrevistas realizadas como "puerta de ingreso" a la profundización de los hechos, más allá de los relatos familiares, entre quienes no tenían familiares desaparecidos o asesinados durante la dictadura:

[24] Si bien Feierstein lo utiliza para explicar el caso del holocausto en Alemania durante la Segunda Guerra Mundial, también hace referencia al "caso argentino".

[25] *"Durante la década del 70 la Argentina fue convulsionada por un terror que provenía tanto desde la extrema derecha como de la extrema izquierda (...) Se nos ha acusado, en fin, de denunciar sólo una parte de los hechos sangrientos que sufrió nuestra nación en los últimos tiempos, silenciando los que cometió el terrorismo que precedió a marzo de 1976, y hasta, de alguna manera, hacer de ellos una tortuosa exaltación. Por el contrario, nuestra Comisión ha repudiado siempre aquel terror, y lo repetimos una vez más en estas mismas páginas"* (Extraído del prologo del *Nunca Más,* escrito por Ernesto Sábato).

E─¿Y vos conociste los desaparecidos por Esther [en referencia a una amiga desaparecida de su madre]?

R─No, no, no. En mi casa se...habló siempre de lo que había sido la Dictadura, de qué había pasado. No se metían mucho con **el tema de los desaparecidos** porque era muy fuerte porque éramos muy chicas. De hecho, hoy me pasa que, **si quiero poner a pensar, no lo entiendo. Es difícil de pensar.** Pero sí, sabíamos. De hecho en mi casa estaba dando vueltas el *Nunca Más*. Se me ha ocurrido agarrarlo de chica y me quise morir, pero no había ningún...ninguna restricción para hablar de eso, más que por la edad. Pero sí, sabíamos; sabíamos lo que era, lo que pasaba (…)

E─¿Del *Nunca Más* te acordás algo particular que hayas leído?

R─Sí, pero, por la edad, es casi morboso. **Leer las descripciones de las torturas, esas cosas, recuerdo que era lo que de chica lo que más me impactaba** y que era la parte que no conocía y que me dejó bastante mal cuando lo leí. Pero eso, no había leído tanto por ahí las otras partes del *Nunca Más* sino más los testimonios y eso, pero porque cuando uno es chico y querés leer lo que no sabés, lo que no te imaginás... y sí lo que te parece más... Eso: el morbo del nene que quiere leer lo que no sabe y leer las torturas y volver a leerlas y volver a leerlas. (Rosario)

Si bien no interesa realizar un análisis pormenorizado de las consecuencias o el alcance que ha tenido el *Nunca Más*, interesa realizar sí una breve nota para puntualizar un último elemento del discurso hegemónico, aquél que tiene que ver con el relato respecto de los *cuerpos*. Al respecto, Feierstein se interroga "¿cuántos tipos de torturas hay que ver para condenarla?" (Feierstein, op.cit:123). La pregunta apunta a señalar las consecuencias que puede traer la "exaltación del horror" (tanto a partir de discursos como de composiciones visuales), en sincronía con los otros elementos de este discurso. Según este autor, la conjunción del terror y el borramiento de la identidad de las víctimas "se construyen como artefactos simbólicos negadores de cualquier posibilidad social que

tienda a la confrontación. El escepticismo, en tanto práctica política hegemónica, es el resultado de la articulación de estas dos tendencias" (*Ibidem*).

> LOS JÓVENES.

ENTRE LOS SILENCIOS, LA ASIMILACIÓN Y LA DISTANCIA

Estigmatización previa al genocidio, constitución de campos sociales antagónicos, demonización de los ejecutores, inocentización/ culpabilización de las víctimas, emergencia del discurso del horror, el silencio por el dolor como imposibilidad para avanzar en la explicación son, como se ha expuesto, los elementos centrales que operan en el discurso hegemónico. En su forma más acabada, este discurso se condensa en la figura del desaparecido: "desaparecido" nombra lo indecible, el *producto* de algo difícil de explicar, como lo ejemplifica el último testimonio, de un *proceso* que emerge demasiado complejamente como para poder entender la causalidad que permitiría, por ejemplo, intervenir sobre situaciones análogas.

Sin embargo, a la vez que se puede dar cuenta de la persistencia de estos elementos actualmente[26], también se puede advertir la presencia de algunos elementos de distancia respecto de este discurso y la reposición de un elemento que establece otra causalidad en la narración de los hechos: la militancia:

R–La tía Angelita le contaba a mamá [el entrevistado es hijo de una persona desaparecida]

[26] Vale recordar que la totalidad de las entrevistas fueron realizadas en los últimos cuatro años, aunque la mayoría de ellas en los últimos dos.

que tal pariente estaba muy enojado con ella porque decían que a *Fulanito* lo habían agarrado **por culpa de ella, ¿no? Como ella estaba militando,** lo habían agarrado a un tío mío. Y bueno, la tía me cuenta que ella se largaba a llo─ cuando le caían noticias como estas se largaba a llorar se ponía muy mal. **En realidad,** no era cierto porque al tío lo habían agarrado por su propia convicción y su propia militancia, ¿no? (Ramiro, sobrino de un desaparecido)

Este fragmento condensa los aspectos mencionados hasta aquí. Por un lado, la vía de acceso y reconstrucción de la imagen de sus familiares se produce mediante el relato de un tercero, que le cuenta este diálogo entre su madre y su tía, con énfasis en las acciones. A su vez, este recuerdo emerge a partir de la narración de una serie de hechos que al entrevistado le resultan significativos en la medida en que le permiten dar cuenta de cómo era su madre ─que más adelante, a partir de este relato, identificará como "una mujer sensible", caracterización que es posible comenzar a inferir a partir de lo seleccionado aquí─ y, en este movimiento, construir su propia identidad, ya que sobre el final de este fragmento de testimonio, en el segmento evaluativo, expresa su visión de lo ocurrido, que se distancia de las explicaciones *culpabilizadoras*. Como fue mencionado en el capítulo II, la evaluación ─que a veces toma forma de moraleja ─es una de las partes constitutivas de esta secuencia textual; constituye el último eslabón de un proceso (el de narrar) en el que se establece una causalidad entre diferentes eventos a partir de lo que se busca expresar "percepciones y experiencias en el espacio y el tiempo" (cfr. Contursi y Ferro, 2000: 28). La evaluación resulta especialmente importante porque es allí donde la narración puede adquirir una orientación argumentativa y explicitar la visión de los hechos del enunciador:

W─No tengo ninguna posta ni... **Pero sí tengo posta sobre lo que pasó, sí tengo posta. Sé cómo fue, sé por qué era.** Entonces trato de hacer de puente entre los pibes que no

saben que fueron mentidos por los medios, por radios, por televisión desde hace 25 años... HIJOS trata también eso. **Ser el puente, de contar otra historia de la que te cuentan en todos lados y de demonizar, ¿demonizar se puede decir?, a nuestros padres** que la UCR y todo el establishment y no sé quién más se encargó de ─hasta Sábato─ se encargó de demonizar: **"Eran dos malos que se mataban. Entonces nosotros somos los neutros o los buenos"** (Waldo, hijo de desaparecidos)

P─Creo que él y todas las personas que estaba con él siguieron la misma línea. Creo que, no sé si decir que están muertos al pedo. Las ideas que casi matan creo que quedaron en Juliana [en referencia a su prima], pero es como que para el resto de las personas, el resto de la sociedad, fueron terroristas y por algo los mataron, "y bueno, estaría en la joda, flaco, por eso lo hicieron mierda". Yo no creo que haya sido asi (Pablo, sobrino de desaparecidos).

Los testimonios dan cuenta de, al menos, dos elementos significativos: en primer lugar, del silencio de otras generaciones respecto de la militancia; en segundo lugar, que la militancia es, justamente, un elementos que los jóvenes consideran relevante para establecer una lectura de lo ocurrido:

F─Sabía que... había habido un período de dictadura militar, **sabía que existían los desaparecidos pero no sabía desaparecidos por qué. O, como que uno lo sabe, pero si le preguntan en serio, no lo sabe. Uno dice "Sí, claro, los desaparecidos", ¿por qué?** Que, de hecho, después fue mi calentura con mi novia. Me acuerdo que, en un momento, la mina se había vuelto re─fanática de la película *Garage Olimpo* y yo estaba completamente muerto de bronca porque era una película que a mí me parecía que le *pifiaba* al tema. La minita [se refiere a la protagonista de la película] daba una imagen de "minita copada" **y...aparecen unos monstruos horribles que la meten ahí y le dan con**

> **una picana "porque sí, porque son malos". Y pareciera que esa maldad proviene del lado malvado del hombre. Es como que da una cosa tan descolgada de lo político** (...) De hecho, lo que yo veía es que reflejaba en mi novia, por ejemplo, que nunca había tenido actividad política, y en amigos del grupo de ella que tampoco, era como que a ellos les daba la sensación de que te podían desaparecer por, no sé, [en tono irónico] por mirar cine argentino (Franco).

En este último testimonio es posible pensar que las condiciones (discursivas) de producción del film, es decir, qué textos anteriores han posibilitado su emergencia, se vinculan las que hemos caracterizado en función del discurso hegemónico. A la vez, se puede identificar cierto distanciamiento del entrevistado, en la medida en que se manifiesta como "fuente evaluativa de la información" (cfr. Kertbrat, 1997: 93) con relación a esta causalidad ─la de los *demonios que atacaron gente* que no hacía nada─ para explicar el período: "pifiaba", "minita copada", "monstruos horribles" y la conclusión de que esa caracterización está "descolgada de lo político" constituyen marcas de subjetividad peyorativas, es decir, subjetivemas, que orientan a señalar la distancia que tiene el enunciador respecto del punto de vista que se sostiene en la película, que lo considera coincidente con el de un par suyo. Sin embargo, además de las marcas léxicas y demás recursos fraseológicos, es posible identificar otros elementos de relevancia que permiten reconstruir la cosmovisión sobre todo en el nivel temático, ya que aquí es donde aparece la militancia:

> **L─**…Sé que **mi abuela estaba en un partido político** por parte de mi vieja. Sé que en la época de la Dictadura, algo... no sé cómo fue, pero **la fueron a buscar** a mi abuela y mi abuela se fue y se la llevó a mi vieja.
>
> **E─Tu abuela, ¿te acordás en qué partido estaba?**
>
> **L─**(Silencio largo) Yo creo, creo, si no estoy equivocado, que en la Juventud Peronista.

E─¿Tu abuela?

L─Me parece que sí. El tema era, creo, que la Juventud Peronista, esto es todo creo, creo porque en realidad no lo sé bien, la fueron a buscar a mi abuela. Esto sí que me lo acuerdo que me lo contó mi viejo. **Mi abuela no estaba y se llevaron a mi abuelo** (…), que le aplicaron picana (Leo)

E─¿Y hablaba tu vieja de esta amiga? ¿Cómo se llama?

R─Esther. No, no habló mucho. Habla recién ahora, pero con muchas cosas es así. Muchas cosas que pasaron por ahí cuando éramos chicos, cosas que le pasaron a ella, recién ahora. Pero cuando éramos chicas de Esther no hablaba mucho, excepto que **alguien la nombrara como parte de alguna otra anécdota y alguna de nosotras preguntara quién era** y hablaba (…) Recién ahora cuenta más cosas: cómo fue, las últimas veces que los vieron, **en qué andaba bien,** como... **No porque anduvieran en algo todos** si no con que... Por qué lado pudo haber venido esto de que hayan desaparecido...

E─¿Y qué explicación le encuentran?

R ─ El Peronismo, básicamente.

E─¿Esther militaba en el Peronismo?

R─Sí. No, y ahora detalles por ahí no me acuerdo, pero la gente con que se movía o lo que estaban haciendo esos días... No me acuerdo bien qué hacía, pero era por eso. **No era "por ser conocidos de" sino por participar activamente** (Rosario)

En el primer fragmento, aparecen destacados los núcleos a partir de los cuales se establece el avance de la narración, lo que da cuenta de la causalidad que el entrevistado establece para explicar lo sucedido. En el último aparecen "otras voces" que son retomadas por la negación ("No por ser conocidos de" en el testimonio de Rosario), que ponen en escena la presencia del discurso hegemónico.

Interesa plantear, en el siguiente capítulo, la idea de que la reposición de la

militancia implica una ruptura con el discurso hegemónico, en la medida en que coloca a los desparecidos en la causa del proceso que los lleva a desaparecer. Y que la presencia de ese elemento obedece –al menos en alguna dimensión, según la hipótesis de este trabajo– a la experiencia política de las nuevas generaciones en el marco de la democracia.

CAPITULO IV

EL ESCENARIO ACTUAL: ENTRE LA IMPUGNACIÓN Y LA REVALORIZACIÓN DE LA MILITANCIA POLÍTICA

Un elemento que aparece en el discurso de los jóvenes es el de la militancia, como eje para entender la causalidad de los hechos. Es decir, el discurso del "por no haber hecho nada/ no estar en nada", o la demonización, aparece desdibujado en el discurso de las nuevas generaciones. En cambio, emerge cierta revalorización de una determinada práctica política. La pregunta es entonces por qué aparece la militancia; qué vínculos existen entre las representaciones que este grupo tienen actualmente respecto de la política y el modo en que reconstruye el pasado. Esta pregunta obliga a recorrer la forma en que ellos perciben a la militancia en particular y a "lo político" en general, entendido en términos de una articulación "densa y multidimensional" que contiene los mecanismos tradicionales de participación y representación (como los partidos políticos, la militancia, el sistema de elecciones, etc.) pero que incluye los elementos emergentes "desde el que se hacen visibles los cambios y las continuidades sociales", en términos de Rossana Reguillo (2001). En este capítulo se busca indagar en las relaciones que existen entre determinadas representaciones actuales, la forma de construir el pasado y las particularidades del momento histórico en el que esa discursividad se produjo.

Si la construcción social de la memoria es siempre un movimiento que se establece desde el presente, hacia el pasado y con una búsqueda de proyección (de construcción de previsibilidad, inteligibilidad) respecto del futuro, se hace necesario caracterizar algunos rasgos respecto del presente, que permitan entender *ese movimiento* de reconstrucción del pasado en el que la militancia política aparece como elemento significativo. En otras palabras, no es "desde la nada" que en el discurso de los jóvenes

aparece una determinada práctica como elemento central que permite explicar los hechos ocurridos durante la última dictadura. El problema es ver cuáles son los elementos de la actualidad que resultan relevantes para entender ese proceso y comprender la forma en que operan; es decir: qué es lo significativo de la coyuntura actual que actúa fuertemente en la construcción del pasado.

Esta "aparición" de la militancia obedece ─según una de las hipótesis de este trabajo─ a cierta percepción que los jóvenes tienen del presente, lo que no implica afirmar que la revalorización que realizan de los años setenta esté sostenida por una revalorización de la militancia en la actualidad. De hecho, la emergencia de este elemento parece señalar cierta paradoja: la irrupción de la militancia política en el discurso de los jóvenes aparece en un presente en el que se los señala como *despolitizados,* entre otras representaciones dominantes[27].

> LOS TIEMPOS DE POSTDICTADURA

NEOLIBERALISMO Y POSMODERNISMO COMO "TELÓN DE FONDO"

En los últimos años se ha producido un cambio en el tipo de sociedad. Sin dudas, un dato relevante que permite caracterizar un elemento central del período en el que los jóvenes se han socializado pero también en el que actualmente viven es el surgimiento y

[27] La representación que se tiene sobre los jóvenes actualmente pueden ser sintetizadas según el trabajo que Mariana Chaves viene realizando a partir del relevamiento de distintas fuentes (como entrevistas a padres y madres, miembros de la *comunidad educativa*, medios de comunicación masiva, documentos oficiales y entrevistas a jóvenes) en los siguientes estereotipos: el joven aparece como un ser inseguro de sí mismo; como ser en transición; como ser improductivo (ocioso); incompleto, como seres desinteresados y/o sin deseo, desviados, victimizados, peligrosos, rebeldes y/o revolucionarios, y como "ser del futuro" (Chaves, 2004).

la consolidación del paradigma económico neoliberal, que comienza a tomar fuerza ya a fines de la década del 70, y que se ha consolidado en Argentina a fines de los años ochenta. Por otra parte, es en este período que se va conformando lo que aquí fue descrito como el *discurso hegemónico*, por lo que se hace necesario señalar algunos elementos de este lapso de tiempo, ya que operan en la constitución del discurso de los jóvenes.

Con el auge y consolidación del neoliberalismo se produce una reconversión de las funciones del Estado, en la que uno de los rasgos más característicos ha sido la privatización de sectores que antes estaban bajo su órbita, la expansión del sector terciario de la economía, a partir de un acentuado proceso de desindustrialización, y la expulsión de amplios sectores sociales a condiciones de vida que se ubican bajo la línea de pobreza. Si bien ha tomado características distintivas en nuestro país, el neoliberalismo se enmarca en un proceso más basto de dimensiones globales. En *La sociedad después del diluvio neoliberal*, Atilio Borón sostiene:

> Cuando estas políticas duran más de diez años pierden dicho carácter y se convierten en proyectos ─a veces incoherentes, pero siempre fuertemente coercitivos─ fundacionales de un nuevo tipo de sociedad. Esto último es precisamente lo que ha ocurrido en América Latina: capitalismos neoliberales, políticas conservadoras, sociedades fragmentadas, marginación de masas, ruptura del tejido social y disgregación de los mecanismos de integración, capitulación de la soberanía nacional, degradación de la política, etc. Todo esto es algo que va más allá del mero "ajuste". Y lo más lamentable es que, en la experiencia de nuestro continente, el tránsito de la dictadura a la democracia se realizó manteniendo en lo esencial las mismas políticas económicas que los regímenes dictatoriales implantaron a sangre y fuego (Borón, 1999: 84).

Este es el escenario actual, que se ha ido conformando a partir de la postdictadura, pero

─como sostiene Borón─ a partir de cierto continuismo con el período dictatorial.

Dos "notas" pueden caracterizar de manera más acotada este presente: la distancia y el desprecio por prácticas políticas habituales y la disminución de la circulación de discursos críticos, característica esta última que describe un determinado estado actual de la cultura. La expresión cultural de esta época ha sido lo que ─con Terry Eagelton─ es posible caracterizar como *postmodernismo*, que implica una forma que toma la cultura contemporánea que "si ha abierto nuevas y vitales cuestiones es en parte porque ha tocado una indigna retirada a los viejos planteos políticos ─no porque hayan desaparecido o se hayan resuelto, sino porque de momento son claramente intratables─" (Eagelton, 1998: 45). Según este autor, se ha producido una emergencia de nuevas problemáticas ─y con un alto grado de centralidad, la del cuerpo─ que han desplazado a otras ligadas a la idea de *totalidad.* La consecuencia de esto ha sido la obturación de debates, discusiones, en torno de las posibilidades de transformación social como así también una notable depreciación de la densidad política de los discursos, que se ha expresado en diversidad de géneros y productos culturales y que ─vale aclararlo─ no ha "afectado" solamente a los jóvenes.

Pero ¿qué implica la "pérdida de densidad política" de los discursos? Interesa hacer hincapié en la forma en que circulan los discursos en el mundo contemporáneo ya que en este rasgo es posible reconocer elementos del discurso hegemónico.

Desde una perspectiva comunicacional, una muestra de esta retirada de los planteos en clave política se evidencia en ─como sostiene Aníbal Ford─ "el crecimiento de lo narrativo frente a lo argumentativo o informativo y de lo individual o micro social frente a lo macro o estructural" (Ford, 1999: 246). El discurso político, en este sentido, es uno de los que más claramente ha evidenciado la forma que ha tomado la cultura en esta época. Si una de sus características más distintivas era la de la existencia de una clara identificación de un oponente, de un adversario, que lo convertía en un discurso

fuertemente polémico, estructurado a partir de un predominio de la secuencia argumentativa como dominante, que evidenciaba la presencia tanto ─en términos de Verón (1995)─ del *contradestinatario* (oponente) como del *prodestinatario* (el adherente), se observa que discursivamente los textos políticos hoy se centran en la construcción de un *paradestinatario*, es decir, aquel que no postula una adhesión ni una oposición explícita a alguna doctrina, corriente, o idea, que no ha "tomado partido", y que es necesario convencer[28].

Este fenómeno contemporáneo se ha articulado en el caso de nuestro país con determinadas condiciones históricas. La "despolitización" se ha enlazado con un progresivo desmantelamiento del campo cultural, especialmente por el accionar represivo de los sucesivos gobiernos militares. Al respecto, Ana Wortman afirma que:

> Entre 1966 y 1983 el campo cultural fue destruido como tal (...). La dictadura militar reconocía en ese espacio un obstáculo para su proyecto, pero a la vez era necesaria su perpetuación, la creación de una nueva cultura sobre la cual podía legitimarse un nuevo orden, aunque esto no haya sido logrado plenamente (Wortman, 2003: 31).

Así, el desrame del campo cultural, que había ganado autonomía en los años anteriores a 1966 cuando se produce "la noche de los bastones largos"[29], persigue como finalidad

[28] De todas formas, no es sólo en el discurso político en donde se evidencia la "obturación" del debate. Al respecto, Ford (*ibidem*) identifica una mutación en los periódicos que evidencia el decrecimiento de las secciones argumentativas fuertes (como *política, internacionales* y *economía*) a la par que el crecimiento de aquellas débiles en términos de discusiones como *interés general* o *espectáculos*. Este proceso se enmarca en lo que este autor denomina *casuística* o expansión del caso, como ejemplo del decrecimiento del planteamiento de debates en la actualidad.

[29] A fines de julio de 1966 el presidente de facto Juan Carlos Onganía intervino las Universidades Nacionales por ser consideradas "centros de subversión y comunismo" por la propaganda oficial. La noche del 29 de julio de 1966, Onganía ordenó la entrada de las fuerzas policiales a la Universidad desalojando a estudiantes y profesores, en lo que se conoció como "la noche de los bastones largos".

─siguiendo con esta autora─ la instauración de un nuevo orden que posibilite la legitimación del accionar represivo. Si bien en 1983 comienza una progresiva recuperación, ésta es sólo parcial y de corto alcance ya que hacia fines de los años ochenta la crisis económica y política, sumada a la transformación de la esfera cultural con el auge de las nuevas tecnologías y el comienzo del proceso de *mediatización* atentan contra esta recuperación (*íbidem*: 32).

Lo que interesa remarcar es un proceso doble que permite entender la emergencia de determinados discursos. Por un lado, que un rasgo característico es el de la "des─densificación" de las discusiones en clave político─estructural, en beneficio de un crecimiento de los planteos en clave testimonial o micro, que obtura la posibilidad de comprender procesos más amplios que los del caso. Por otro, el de la búsqueda del gobierno militar y la fracción encolumnada tras él por constituir un orden legítimo que permitiera la perpetuación de ese poder. Esto es, dicho de otra forma, lo que se ha caracterizado como el discurso hegemónico.

Estas transformaciones transcurridas desde la postdictadura, y consolidadas durante los años noventa, coinciden con el período de socialización y escolarización de los jóvenes sobre los cuales este trabajo versa, y es el mundo fruto de ese modelo el que constituye su presente (las circunstancias que enmarcan la búsqueda del primer empleo, el ingreso ─en el caso de quienes estudian carreras terciarias─ en las instituciones de educación superior, la incorporación a la vida electoral), la coyuntura en la que los jóvenes imaginan un/su futuro a la vez que reconstruyen el pasado.

> LA POLÍTICA EN LA VOZ DE LOS JÓVENES.

"MILITANCIA" COMO SIGNIFICANTE VACÍO

"Entre los jóvenes, las utopías revolucionarias de los setenta, el enojo y la frustración de los ochenta, han mutado, de cara al siglo veintiuno, hacia formas de convivencia que, pese a su acusado individualismo, parecen fundamentarse en un principio ético político generoso: el reconocimiento explícito de no ser portadores de ninguna verdad absoluta en nombre de la cual ejercer un poder excluyente", sostiene Rossana Reguillo en *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto* (2000: 14). Más allá del alcance o la vigencia de esta afirmación, el punto de vista expresado permite esquematizar algunos elementos del escenario actual, del que los jóvenes son actores. En primer lugar, el alejamiento de las formas tradicionales (del siglo XX) de participación y movilización, y el despliegue de nuevas formas de agrupamiento de pretendida horizontalidad. En segundo, que las prácticas y discursos de los jóvenes se enmarcarían en una nueva cultura, en parámetros distinto respecto de los de generaciones anteriores.

¿Qué representaciones acompañan este cambio en las prácticas de los jóvenes? ¿Cuál es la visión actual que tienen respecto de la política? En principio, es posible identificar una fuerte impugnación de ciertas prácticas políticas habituales, especialmente la militancia: lo que emerge es un fuerte descrédito:

> **E—¿Y vos militaste alguna vez o...?**
>
> **L—**No, ¿vos sabés que no? Pero siempre tuve como esa... Lo que pasa es que, en realidad, no... Hoy en día es como que ya no, lo veo cada vez más lejos. No sé...Es como que ya no creo en nada ¿entendés? **No puedo militar para nadie porque no me interesa, de por sí, la política y como que ya no me convence nadie. Me parece todo**

muy falso y no podía apoyar a nadie porque no sé si creerle.

E—¿En qué no creerías?

L—Yo creo que en nada: en ningún partido político, en ningún Centro de Estudiantes. Yo creo que no me metería en ninguno porque no..., no me sentiría cómodo. Igual mucha idea no tengo, pero no me quiero... No me interesa. ..No sé porqué: porque será muy sucio. Qué sé yo. Mi viejo, cuando empezó a trabajar en el sindicato, empezó a ganar mucha más plata de la que ganaba. Vivía en un ranchito y me fui a vivir a una casa... No una *recasa* pero, para lo que era, una *recasa*. El chabón no laburaba y era otra la historia. (Leo)

R—Pero militar la verdad es que no me gusta. Me parece que hay mucha energía puesta en cosas que... Por ahí es necesaria, no sé. O, por ahí, en Derecho, incluso, es más encarnizado todavía que en Filosofía. En Filosofía se mataban toodo el tiempo y... para mí, que salía del CBC, era rechocante ver cómo se peleaban y entré a Derecho, que pensé que iba a ser mucho más estructurado, y no, la verdad es... **Como espectáculo, es terrible.** Se disputan a la gente. A vos mismo que estás caminando por ahí... Me resulta sospechoso.

E—¿Cómo sospechoso?

R—No sé... A veces lograr un rédito... Veo a gente que está... Fui a las siete de la mañana a la Facultad y está ahí y me voy a las once de la noche y está ahí, que no hace otra cosa... Que es un poco el lugar común, lo que dicen todos: de qué viven, qué hacen…deberán vivir de otras cosas. (Rosario)

C—Era maestra mi mamá. Se recibió, a los 17 ya estaba ejerciendo como maestra. Y con mi papá se casaron cuando ella tenía 28, a los tres meses que se conocieron. Y después, cuando ella, estas son suposiciones que yo tengo también, yo no lo culpo a mi papá por haber hecho lo que hizo. O sea, me parece perfecto. O sea, fue la única generación que,

que tuvo huevos para en un momento hacer algo para poder cambiar el país. Y los mataron a todos ¿entendés? por eso hoy estamos como estamos. Porque la generación de ahora no tiene los huevos que tenían antes, o por hay a mi tampoco me importa la política, no sé si es por lo que me pasó o no, pero creo que no se puede hacer nada acá en Argentina. O porque no veo posibilidades, no hay futuro, no sé, no sé." (Camilo, hijo de desaparecidos)

Este descrédito aparece también entre quienes sí han tenido alguna experiencia militante:

F—En el sentido de…Durante un primer momento, todo bárbaro, pero, con el tiempo (yo no tanto) pero a los demás pibes de la agrupación les empezó a joder de verdad bajadas de línea del partido y empezaba a haber discusiones y empezaba a haber paranoia de que el partido estuviera copando...que era *reobvio*, además, que el partido estaba copando. Y era *reobvio* que iba a haber reacción ante eso (…) No sé qué elementos se pueden resaltar, pero llegó desde ese punto al otro, digamos: de un movimiento rearmado, de estar contentos todos, más o menos, contentos con lo que teníamos a irse todo al carajo por sentir que el partido presionaba para bajar línea y que no...

E—¿A vos también te molestó eso, que el partido presionara?

F—En un primer momento no, porque yo quería entrar al partido por... O sea, lo que a mí me interesaba era poder discutir más en serio...Yo me juntaba con los pibes de la agrupación y hablábamos boludeces y me juntaba con los pibes del partido y ya me pasaban libros. No sé..., yo quería hablar de política más de verdad. Me acuerdo haber pasado un montón de tiempo discutiendo sobre un libro de Trotsky que, al final, nunca lo llegué a leer… (…) Pero después me di cuenta de que, digamos, empecé yo en una crisis que, encima, creo haber tenido más o menos bases teóricas para sustentarla y eso me hizo romper del todo. (…) O sea, por ejemplo, yo tenía los *requilombos* en mi casa con mis viejos por militar. En primer momento no se enteraron, pero después se fueron enterando; más porque, te digo, es un barrio militar, así que huelen rojos en todas las esquinas (...).

Así que se terminaron enterando y yo tenía los *requilombos* y qué sé yo y los tipos proponían cosas cómo "¿Tenés problemas en tu casa? Te conseguimos un compañero que te banca en la casa de él?". Y esperaban que vos dejes los estudios, dejes la casa, todo. *Ponele*, me acuerdo que yo, en el momento en que me pelee, fue porque a una chica, prácticamente, la estaban apurando para que se busque un laburo de menos horas para poder militar más. Y la *chabona* no es que tenía plata para tirar para arriba, necesitaba laburar esas horas. Justamente como si fuera tan fácil buscar un laburo. Me caía para el orto, viste. (...) Digo, está bien, no soy el revolucionario que lo deja todo, pero tampoco me lo podés pedir, no es coherente. (Franco)

P─Y en el colegio dejé de militar porque era cualquiera y terminó siendo cualquiera. Al principio estaba más o menos bueno. De hecho, hasta hicimos renunciar a un rector con dos días de sentada (...). Pero después me alejé; hablaban muchas pelotudeces, que la mayoría hablaba (...) Aparte se juntaban en el MST y a mí ya no me cabía ir al local del MST, o sea el extrapoliticismo. No me importaba y, aparte, me acuerdo que una vez, una piba, una amiga nuestra, había dicho "burocracia". "Ah, no porque toda esta burocracia no sé qué..." "¿Qué es la burocracia?" "¡La burocracia!" "Sí, qué es te estoy preguntando, dame una definición." No me lo pudo definir y ahí dije "no".

E─¿De dónde lo sacaba lo de la burocracia?

P─No me acuerdo. Estábamos hablando y protestó por algo y dijo porque en este colegio son todos burócratas o en este gobierno son todos burócratas y yo le pregunté qué quería decir.

E─¿Pero de dónde pensás que lo sacó?

P. ─Del MST. Obvio hablaban de política y la palabra... O leyó mucho Mafalda, una de dos. Yo también tengo toda mi colección de Mafalda y yo sabía lo que quería decir en ese entonces. Como estaba enojada con toda esta gente, que me parecía que hablaban por hablar y repetían palabras de otros, sin saber lo que querían... lo quise poner a prueba y lo comprobé. Esto de que…hablan con palabras de otros (Paz)

Al descrédito se le suma la "sensación" de que lo que se dice y se hace es siempre "cosa de otros", que no termina por interpelar a los jóvenes. Una de las ideas que orienta el presente trabajo es que los cambios producidos en los últimos años han incidido fuertemente en la conformación de nuevos imaginarios y creencias (entre ellos, respecto del período de la ultima dictadura) en los jóvenes, ya que son ellos quienes se han socializado bajo condiciones distintas a los de otras generaciones: en el ocaso de las esperanzas de movilidad social ascendente, de la posibilidad de acceder a condiciones de salud y educación públicas de calidad o de condiciones de trabajo dignas (cfr. Wortman, *op.cit*). Nuevamente, una de la hipótesis de este trabajo es que estas condiciones operan activamente en la conformación del imaginario que los jóvenes tienen respecto del periodo de la última dictadura.

A la crisis laboral, las dificultades para acceder o permanecer en el sistema educativo, se sumó un creciente deterioro de la calidad institucional del país desde fines de los años ochenta (con el pacto entre el gobierno y los militares, o –ya en los noventa– con el denominado "Pacto de Olivos"), pero también por la proliferación de denuncias de casos de corrupción, en los tres poderes del Estado, que –sólo a manera de ejemplo– terminaron por apresar (aunque por un breve tiempo) al ex presidente de la Nación que gobernó durante los diez años comprendidos entre 1989 y 1999[30]. Esta creciente

[30] El ex presidente Carlos Menem tiene, en la actualidad, cuatro causas en su contra (por el cobro de sobre sueldos, por el contrabando de armas a Croacia y Ecuador, por la licitación para la confección de documentos a 30 pesos cada uno, y la presunta omisión maliciosa de su cuenta en Suiza) y otra causa por el presunto pago de sobreprecios para la construcción de las cárceles bonaerenses de Ezeiza y Marcos Paz de la que recientemente (en enero de 2006) fue sobreseído. También varios miembros de su gabinete están procesados, entre los que se encuentran los casos paradigmáticos de María Julia Alzogaray, que tiene veinte causas en su contra, y Domingo Felipe Cavallo que tiene más de noventa causas en su contra en los registros de los Tribunales Federales de Comodoro Py. El 7 de junio de 2001, luego de seis años de investigación, el juez federal Jorge Urso decretó la detención de Menem. Pero el ex presidente fue liberado en noviembre de ese mismo año, por decisión de la Corte Suprema, entonces integrada por la denominada "mayoría automática".

pauperización de las instituciones, generó entre los jóvenes algunos movimientos de respuesta, como el “501” y también el rápido crecimiento de los índices de abstención electoral a partir de los últimos años de la década pasada. Según estadísticas oficiales existe un claro aumento del ausentismo electoral en los últimos años. En las elecciones presidenciales de 1983 el 85,61% del padrón participó del acto eleccionario. Mientras que en las elecciones presidenciales de 2003 el porcentaje que se presentó a votar fue del 78,22% y en las legislativas del 2005 del 71%. Ante las elecciones presidenciales del año 1999 se hizo conocido nacionalmente el movimiento “501” que proponía alejarse 501 kilómetros del lugar de votación para ser absuelto de la obligación de votar, en señal de rechazo al acto eleccionario. Este colectivo político rechazaba las instituciones políticas vigentes en favor de formas de democracia directa y horizontal, propuesta que se resumía en la consigna del grupo: “la política más allá del voto”.

La impugnación de la política, de la militancia, del voto, parece emerger como “respuesta” ante la falta de oportunidades. En este marco, los jóvenes en Argentina se enfrentan a una realidad “particular”, como sostiene Wortman:

> La Argentina, como todo país del mundo occidental y más aún en un mundo globalizado, está atravesada por una serie de fenómenos que repercuten en el trabajo, la economía y la cultura. Aunque cabe señalar que estos fenómenos adoptan una forma peculiar por las características de la política argentina de los años noventa. Si sus padres y abuelos crecieron en un país conformado por un estado de compromiso que garantizaba su condición de clase, los jóvenes y adolescentes de los noventa se socializan en un país cuyas pautas de acción están signadas por el mercado, la crisis de los servicios públicos y la crisis de lo público en general (…) Al no haber transitado por experiencias anteriores, los jóvenes se socializan en la flexibilización laboral (Wortman, *op.cit.*: 87 y ss.).

Así, el momento histórico actual en nuestro país ─y en gran parte de América

Latina también─ se presenta como un escenario complejo para las juventudes (aunque no sólo para ellas). Los cambios estructurales que se han profundizado a partir de la década del '90 en nuestro país, en concordancia con la aceleración del proceso de globalización a escala mundial, han tenido como una de sus consecuencias el "cierre" de oportunidades para muchos jóvenes, la expulsión del sistema de trabajo, la pauperización de las condiciones laborales entre quienes tienen empleo, el abandono temprano del sistema escolar y un "temprano" encuentro con el delito agudizado por el acrecentamiento de la violencia policial contra los sectores más empobrecidos.

Es posible ejemplificar esto con algunos datos sistematizados recientemente a partir de datos tomados de la Encuesta Permanente de Hogares[31] que permiten graficar estos cambios a los que se ha hecho referencia. Dicha sistematización establece una comparación entre los datos obtenidos por la Encuesta en 1995 y 2005:

─ Cuatro de cada diez jóvenes económicamente activos jamás consiguieron un empleo en la última década.

─ Son 830.000 jóvenes y adolescentes a la búsqueda de un empleo.

─ La tasa de desocupación entre los jóvenes ha crecido desde comienzos de los noventa un 137%.

─ Desde mediados del año 2003 se registra un crecimiento económico superior al 9% anual; sin embargo, casi la mitad de los jóvenes y adolescentes de entre 14 y 24 años son pobres, el 17 por ciento es indigente y el 27 por ciento se encuentra desocupado.

─ El 68% de los ocupados adolescentes y jóvenes se desempeña en puestos informales; esta condición empeora con el descenso de edad: para los de 20 años la informalidad

[31] La Encuesta Permanente de Hogares (EPH) es un programa nacional de producción sistemática y permanente de indicadores sociales que lleva a cabo el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC) que permite conocer las características sociodemográficas y socioeconómicas de la población. La EPH se aplicó en Argentina desde 1973 hasta mayo de 2003, dos veces al año (en mayo y octubre), cuando pasó a realizarse de manera continua.

ronda el 71 por ciento, en tanto que para los menores de 19 años promedia el 85 por ciento (ver cuadro 1).

– El hecho de que 7 de cada 10 jóvenes ocupados estén en negro se traduce en los magros salarios que perciben, que para estos trabajadores promedian los 300 pesos mensuales, es decir, menos que lo necesario para adquirir la canasta básica de alimentos que mide la indigencia.

– 3,5 millones (de entre 14 y 24 años) viven hoy en hogares pobres. De ellos, 1,3 millón son indigentes.

TRABAJO EN NEGRO DE ADOLESCENTES Y JÓVENES DE 14 A 24 AÑOS	
Edad	Trabajo en negro
14	100,0%
15	98,2%
16	94,4%
17	93,9%
18	82,7%
19	79,3%
20	71,4%
21	69,3%
22	65,5%
23	59,0%
24	53,1%

Fuente: Elaboración consultora Equis con datos INDEC/ EPH 2005.

JÓVENES POBRES E INDIGENTES (AÑO 2005)				
	14–19 años	20–24 años	% del total de jóvenes	Cantidad de personas
Indigentes por ingresos	20,7%	14,0%	17,8%	1.298.315

Pobres por ingresos	54,6%	39,9%	47,8%	3.528.888

Fuente: Elaboración consultora Equis con datos INDEC/ EPH 2005.

Interesa remarcar que es en este contexto "desalentador" que los jóvenes forjan sus representaciones. Y que la militancia, en la actualidad, aparece relacionada con un *otro* que asoma como responsable de este estado de situación (un otro que a veces toma la figura de "el político", "los partidos", "los piqueteros", etc).

¿Pero cómo comprender este lugar que tiene la militancia entre quienes, al mismo tiempo, la retoman y en muchos casos revalorizan para explicar la experiencia de los setenta? Si en la actualidad está asociada ─y por esto desvalorizada─ a *un otro* responsable de este presente que no ofrece oportunidades, cuando se la asocia con los jóvenes de los años setenta parece darle valor y sentido (o dotar de "proyecto") a una generación entera:

E─¿Y el 2001, la caída de De la Rúa? ¿Tenés algún recuerdo ahí?

R─Sí, sí (...) Como que había mucho de armado y que después fue tomando vuelo propio hasta... Que ahora uno se pone a mirar, guau, murió gente, y... que, por ahí, como movimiento no tuvo una línea tan marcada de se estaba peleando por esto, hubo gente que murió. No fueron casi muertes... Iba a decir innecesarias pero queda horrible. No era ésa la palabra. Fueron muertes como absurdas. Y hoy por hoy, el que estaba ahí ni siquiera tampoco está pidiendo lo mismo, ni haciendo lo mismo, ni va a pelear por lo mismo. Es bastante triste como situación. Así se vivió en mi casa.

E─¿Qué muerte no sería absurda?

R─No, yo a veces...cuando empezás a escuchar testimonios de alguien que..., por ejemplo un militante peronista que realmente, por ahí peronista o de cualquier cosa, realmente está convencido por lo que está peleando y puedo estar de acuerdo o no, pero está convencido

y a lo largo de su vida hizo lo mismo y le encontró el sentido. Y acá era, de repente, nos levantamos todos, había diez personas en la plaza y de repente fueron veinte. Y de repente seis o veinte, no me acuerdo cuantos muertos fueron, y por después todo se calmó, volvió todo a estar como estaba, y es terrible (Rosario)

E—¿Y por qué te interesaba el tema de la Dictadura?

L—Y porque... Digamos que todo lo que vi en la Facultad y todo es *reimpactante*: lo que hicieron y todo... Fue reinjusto, no sé... Mataron mucha gente. Mucho no sé, en realidad, pero...me hubiese gustado estar en ese momento.

E—¿Qué, en el setenta?

L—Sí, yo creo que sí, porque es distinto ahora…Creo que, por ahí, era otra historia pelear en esa época que ahora.

E—¿Qué de distinto?

L—Y es como... Volviendo a lo mismo: como que ahora todo está más sucio. Que ahora no podés pelear por algo. No te dan bola, es muy poco creíble. Por ahí hay mucha gente... Los veo que hay como muchos peleando... Te doy un ejemplo, no sé... Los piqueteros. Flor de vagos, no me parece justo lo que están haciendo…No laburan... No sé, exigen un montón de cosas que no las tengo ni yo, que laburando no las tiene mi viejo, y los *chabones* no hacen nada. Entonces veo como que, que es distinto. (…) Ahora es muy poco creíble (Leo)

¿"Militancia" implica "falsedad" (de discursos, de hablar con "palabras de otros", de hacer lo que el partido dice); es lugar de la sospecha, de la reivindicación "sucia" o, por el contrario, es lo que da sentido a la vida, lo que da credibilidad a un proyecto? En la voz de los jóvenes, la militancia, en sí, no es nada: no genera rechazo ni adhesión, ni crítica ni opinión. En este sentido es que aparece como un significante vacío, en los términos en que Laclau lo entiende, es decir, como un significante que sólo logra adquirir un significado a partir de una relación hegemónica (política) particular. "Hegemonizar",

entiende este autor, significa llenar el vacío de determinados significantes, objetivo por el cual pueden incluso competir diferentes fuerzas políticas en un momento determinado (Laclau, 1996). En esta interpretación, una lectura posible es la de ─a partir del repaso por los testimonios en este y en los otros capítulos─ acordar que los jóvenes son exponentes acabados de esta época *despolitizada*. La justificación de esto sería que, tal como expresan con sus voces, la política ─y la militancia en particular─ no les interesa, y en este sentido parecerían materializar con su discurso esa forma de la cultura que, como explica Eagleton, se sostiene a partir de un discurso (ideológico) que "deja nuestras creencias e inversiones sociales inmunes a todo cambio radical" (Eagleton, 1998: 65). Sin embargo, hay otra lectura posible y contraria. Más bien, la impugnación de los jóvenes de la política y la militancia de hoy debe entenderse en relación a la revalorización (aunque contradictoria y tal vez romantizada) de la militancia de los de los años 70; adhesión que encuentra sustento en la percepción de que esta práctica puede ser una práctica *transformadora*. Es a partir de esta lectura que entendemos se pone en juego y se *agrieta* lo que acá se ha denominado el discurso hegemónico para narrar la dictadura.

CAPÍTULO V

PISTAS PARA PENSAR LA CONSTRUCCIÓN DE UNA NUEVA MEMORIA COLECTIVA (EJERCICIOS DE MEMORIA PARA INTERROGAR EL PRESENTE)

El proceso de reflexión, indagación y escritura de este trabajo culmina, luego de poco más de dos años, en un momento histórico "particular": termina a pocos días de que se conmemore el trigésimo aniversario del golpe de Estado de 1976. Por más de un motivo, es un momento particular: oportuno para identificar la persistencia de lo que aquí se ha denominado el discurso hegemónico, por la cantidad de textos elaborados para la ocasión, convocatorias, afiches, panfletos y demás. Pero también es un momento dificultoso para establecer algunas discusiones por la proliferación de "testimonios del horror" e historias personales que circulan; y complicado ─en términos emocionales─ para establecer una distancia "analítica" con un período que, por más tiempo que haya transcurrido, cada vez que es convocado suscita algún tipo de respuesta, que también es corporal (escalofrío, llanto, angustia).

Sin embargo, al mismo tiempo es esta una oportunidad ─por ser un tema de *agenda*─ para dar algunas discusiones. De lo que se trata, en este capítulo de cierre, es de establecer algunas pistas que permitan dar cuenta de elementos que están presentes en el discurso de los jóvenes y que, a partir de lo que se ha caracterizado aquí permite pensar que este grupo constituye un lugar privilegiado para pensar cambios en la sociedad. Esas pistas tal vez posibiliten dar esas discusiones a la vez que enunciar nuevas preguntas. Tomar a los jóvenes como "metáforas del cambio social" (es decir, pensar determinados elementos del discurso de los jóvenes como elementos que dan cuenta de las contradicciones que se establecen entre el proceso de transmisión cultural, los discursos hegemónicos, la tradición y las propias experiencias, los cambios en las

instituciones, entre otros) permite vislumbrar una serie de indicios y de síntomas que posibilitan la comprensión de algunos fenómenos del presente.

Cuando se hace referencia aquí a "pistas" se busca, de alguna manera, limitar las afirmaciones que puedan llegar a hacerse: no se trata de ninguna manera de elementos "estables", permanentes ni universales. Simplemente, constituyen una serie de huellas, de indicios, que podrán ser (o no) disparadores de preguntas y discusiones posteriores.

¿Por qué estas pistas podrían llegar a constituir "puntas" para nuevas discusiones e interrogantes? En primer lugar porque hay una persistencia de elementos del discurso hegemónico que se ha consolidado para dar cuenta del último golpe de Estado; discurso que, según se lo ha caracterizado aquí, obtura una compresión más *densa* de lo ocurrido. En su opacidad, muestra lo sucedido de un modo que dificulta evidenciar la causalidad de lo sucedido, lo descontextualiza y condensa los hechos en la *borrosa* figura de los desaparecidos y en la *aislada* figura de los militares, o en las "dos fuerzas extremas enfrentadas" que "denuncia" el prólogo del libro *Nunca Más*. Lo que no implica que pueda existir un discurso *transparente* respecto de lo ocurrido, que relate la historia "tal cual fue"; en todo caso ─si fuera posible─ es tarea de otro campo de estudios y no de este. Sin embargo, sí es posible desnaturalizar un discurso existente, abrir la discusión, incorporar nuevos elementos y disputar ─en definitiva─ el significado de algunos hechos anclados u omitidos en la memoria colectiva.

¿Qué elementos persisten? ¿Cuál es el lugar de anclaje de la *disputa*? Sólo a manera de ejemplo es posible retomar el discurso que recientemente[32], al inaugurar las sesiones de la Asamblea Legislativa, el actual presidente profirió:

[32] Fragmento del discurso pronunciado por el Presidente de la Nación, Nestor Kirchner, el 1ro de marzo de 2006 en el Congreso Nacional con motivo del inicio de un nuevo período de la actividad parlamentaria (Fuente: Presidencia de la Nación, www.presidencia.gov.ar/discursos. Este mismo fragmento fue "levantado" por los diarios de la Capital Federal publicados el día 2 de marzo).

> Estamos en el año 2006, apenas a 23 días de que se cumplan 30 años del golpe más horroroso institucional que recuerde la historia argentina. Estamos a 23 días de recordar una fecha que mancilló las instituciones y que **consolidó 30 mil desapariciones por pensar diferente** en la Patria.

Este discurso, en las nuevas generaciones, encuentra alguna resistencia, inconsistencia o vaguedad. La pregunta que emerge es: ¿qué pasaría si, además de haber pensado diferente, las víctimas del Terrorismo de Estado hubieran *actuado* diferente? ¿Una determinada *práctica* justificaría un genocidio? La militancia, como práctica política, aparece elidida o como un elemento secundario en el discurso canónico que da cuenta de lo ocurrido durante la última dictadura. Y lo que se elude es, justamente, uno de los elementos que permiten entender lo sucedido.

Un primer componente para pensar la construcción de una nueva memoria colectiva es este: la reposición de la militancia como factor central para entender la causalidad de los hechos, y esto tanto entre quienes tienen familiares desaparecidos como entre quienes no.

El valor que adquiere la militancia no es "parejo": a veces aparece de manera romantizada; otras, para ser criticada; otras, simplemente, como una práctica que no es valorizada sino que es de "otro" distante y diferente. Pero su aparición permite resignificar la figura del desaparecido, que se constituyó ─como fue expuesto─ a partir de la negación justamente de la trayectoria militante de las víctimas por el Terrorismo de Estado. No hubo desapariciones "por no haber hecho nada", "por estar en una agenda", "por pensar diferente", sino por militar políticamente, aunque esa construcción haya permitido un ingreso del tema, un tanto monocorde, en las *agendas*.

La instalación de la militancia ─elemento sojuzgado por el discurso hegemónico─

introduce un conflicto. Produce el conflicto respecto de lo que Todorov establece en términos de los "dos tipos" de memoria social que se pueden construir: la recuperación literal o la ejemplar. Esta última actúa tomando las singularidades del pasado pero como manifestación de una categoría más general. Funciona como un *exemplum*, como un caso particular a partir del cual se establece una reflexión sobre alguna idea general, de la que el caso es sólo una muestra. Sirve, en este sentido, como modelo de situaciones análogas, y ─por esto─ permite extraer una lección ante situaciones nuevas en función de algún acontecimiento anterior. Busca relacionar, establecer una equivalencia entre situaciones. Todorov afirma que esta recuperación es "potencialmente liberadora".

Por el contrario, la memoria literal convierte en insuperable el viejo acontecimiento, es decir, somete el presente al pasado. Su uso plantea la singularidad, en la medida en que es incomparable con el presente y vuelve al pasado "tan único y singular" que no hay elementos trasladables al presente. Esta distinción es importante para admitir, con este autor, que "no hay razón para erigir un culto a la memoria por la memoria [misma]; sacralizar la memoria es otro momento de hacerla estéril. Una vez restablecido el pasado, la pregunta debe ser: ¿para qué puede servir y con qué fin?" (Todorov, *op.cit.*: 33).

¿Para qué puede servir repensar la militancia a partir de recuperarla como elemento explicativo del accionar represivo? Creemos que para tres cosas, íntimamente relacionadas, que abarcan la "triple temporalidad" propia del ejercicio de la memoria, como fue definida en este trabajo: para repensar los hechos del *pasado*, para interrogar los vínculos entre los jóvenes y la política en el *presente*, y para poder intervenir ante posibles situaciones análogas en el *futuro*.

En primer lugar, porque ─como fue referido anteriormente─ la introducción de la militancia establece una ruptura con la lógica de los acontecimientos que el discurso hegemónico recrea, en el que el genocidio aparece como un "acto de irracionalidad" en el que se ataca a un sector de la población arbitrariamente, sin motivo, "por no haber hecho

nada". Obliga, en este sentido, a repensar también el problema más allá del esquema demonios/ inocentes/ espectadores, volviendo sobre el tema más allá de las teorías que postulan la existencia de "dos fuerzas antagónicas" frente a una sociedad que sólo mira: ¿cómo fue posible un genocidio sin una fuerte estigmatización de un grupo a eliminar? En este sentido, establecer preguntas nuevas lleva a repensar no sólo el pasado sino también el presente: ¿qué nuevos grupos o sectores son hoy estigmatizados por gran parte de la sociedad? ¿Qué consecuencias puede traer esta construcción peyorativa?

En segundo lugar, porque la emergencia de la militancia en el discurso de los jóvenes permite pensar los vínculos con las prácticas políticas actuales. En este sentido, es posible reflexionar sobre la relación entre valorización de la militancia en el pasado/ impugnación de la militancia (y de toda forma que adopte la política) en el presente. Esta relación, que toma la forma de una aparente contradicción, no lo es plenamente si se entiende a la militancia como una práctica que está anclada en la historia y en la coyuntura, en el tiempo a la vez que en un momento determinado, y que reviste diferentes valores en función de estas coordenadas. La militancia es revalorizada cuando se la pone en relación con sectores que intentaron, a partir de ella, modificar un determinado estado de las cosas, mientras que es desvalorizada cuando se la vincula a un presente en el que, como práctica, más bien parece perpetuar un *status quo* que se presenta como "complicado" y que no ofrece alternativas o "salidas": es el lugar del militante rentado, del sindicalista que consigue mejorar su situación personal, del que busca algún tipo de rédito personal, o quienes —aun con las mejores intenciones— no han recontextualizado las prácticas y discursos a los cambios de coyuntura (lo que no implica que no persistan los mismos problemas). De ahí que a veces el ejercicio se presente como tan ajeno y lo que se dice parezca decirse "con palabras de otros". ¿Cómo se vincula esta *ajenidad* con la discusión en torno a los años setenta, a la supuesta despolitización de los jóvenes, a la construcción de la memoria social? ¿Quiénes son esos *otros*?

Estas preguntas remiten a un tercer punto, una tercera "pista", que abre una nueva interpelación para posteriores indagaciones. La militancia aparece en el discurso de los jóvenes al mismo tiempo que se los acusa de despolitización, de desmovilización. Fue inevitable no leer en varias entrevistas cierta "nostalgia" respecto de una época de movilización y "agitación" que muchos no habían vivido, por más desinterés que manifestaran actualmente por la política. Se da así una aparente paradoja, producto de una compleja dialéctica entre dos épocas, y entre dos generaciones, entre los setenta y el período comprendido de los años noventa a esta parte: los jóvenes de hoy son despolitizados *porque no son como* los jóvenes de otras épocas. Esta última operación es la que es más urgente desmontar. Tal vez la imagen actual que los propios jóvenes tienen (y no sólo ellos) de "los jóvenes de los setenta" esté impidiendo pensar sus prácticas actuales, y de ahí que ellos mismos sean quienes asuman como verdadero el estigma que sobre ellos recae. Esto es paradójico también porque funciona como parámetro (para señalar sus supuestos rasgos de carencia) el grupo que anteriormente fue construido como un *otro negativo*. Más bien, como sostiene Ulrick Beck, los jóvenes de alguna manera "practican una denegación de la política altamente política" (Beck, 1999 citado en Reguillo, 2000: 13).

Así, en el discurso de los jóvenes entrevistados emergen elementos que permiten avizorar cierta ruptura con lógica del discurso hegemónico, a la vez que identificar algunos rasgos que explican la distancia con las formas tradicionales de la política. Sin embargo, el potencial crítico de estas dos características (la distancia con el discurso canónico que da cuenta del pasado; la impugnación de las prácticas políticas del presente) puede tornarse invisible si se mantiene la mirada estigmatizadora, que difícilmente permite reflexionar sobre las representaciones, prácticas y modos de participación de los jóvenes.

Es por esto que el ejercicio de la memoria ─rastrear los insumos a partir de los cuales ésta se compone, reflexionar sobre sus modos de construcción, sobre las disputas

por la determinación del significado─ tiene un valor ejemplar si (en lugar de investirse de un mero valor testimonial que busca sensibilizar y transformar hechos trágicos en *comodities* de la industria cultural) busca advertir sobre situaciones distintas, distantes, pero análogas. En definitiva, es una memoria crítica (o "liberadora", en términos de Todorov) cuando el ejercicio de pensar el pasado permite repensar el presente, para (intentar) edificar un futuro.

AGRADECIMIENTOS

Las primeras reflexiones en torno a las historia de vida, los relatos familiares, la construcción de identidad, pero también a las teorías narratológicas y a los cruces entre relatos y construcción de sentido aparecieron (en mí, desde ya) en las exposiciones que Magdalena Gióvine realizaba en las clases de la cátedra de Gloria Pampillo, en mi primer año de cursada, ya en Sociales. Con el tiempo, "Magda" se transformó en referente, en una especie de guía y –lo mejor de todo– en una valiosa amiga. A ella quiero comenzar agradeciendo, ya que fueron sus clases las que orientaron en gran parte (es decir: le dieron sentido) al resto de mi formación.

A Enrique Oteiza y Mónica Muñoz por compartir conmigo la experiencia de la Beca Estímulo que empezamos a pensar en el 2002. Con generosidad y dedicación invalorable Mónica trasnochó conmigo frente a la PC para armar el proyecto y me apoyó incondicionalmente (pese a algunas dudas mías). Enrique hizo comentarios y lecturas valiosísimas, aceptó dirigirme aún sin prácticamente conocerme y soportó –estoico– las infinitas firmas de papeles, las certificaciones mensuales y mis e-mails desesperados por encontrarlo. También otros compañeros del UBACyT fueron de gran ayuda: Betina Berlín, Mariana Pérez, Lorena y Cotita (quien me tendió el puente hacia el Proyecto).

A Elvira Arnoux, que en el año 2002 me permitió ingresar como docente a la cátedra de Semiología en el CBC y comenzar una experiencia que, no tengo dudas, cambió por completo mi vida: es allí en donde se van formalizando algunas de las perspectivas teóricas sobre las que este trabajo se inscribe. Pero más aún, allí también "nacen" muchas preguntas (respecto de los jóvenes, los vínculos con la política, el compromiso, la noción de futuro, los vínculos con otras generaciones) en situaciones en

que, junto con los estudiantes, nos tocó atravesar, discutir y pelear aspectos de la realidad de la universidad y de otras situaciones, al calor de la crisis que se profundizó en el 2001. También algunos compañeros han sido imprescindibles: Elena Pérez de Medina, Ana Pérez del Cerro, Eduardo Muslip, Paola Pereira y Grisel Pires dos Barros han leído algunos avances de este trabajo y/u otros anteriores, me han hecho valiosos comentarios e –incluso– han realizado una buena edición de esos textos.

A Mariana Chaves y Ana Wortman que compartieron conmigo la expectativa por un nuevo proyecto, y que (ahora que lo escribo descubro que es una constante) decidieron generosamente acompañarme sin dudar, sin casi conocerme. A Mirta Varela por el envión inicial y la ayuda en el proceso de formulación de aquel otro trabajo. A Andrea Mirc, Mery Roseló, Raquel Franco y Raquel Gurevich, del Ministerio, por dedicarle un tiempo a leer mis trabajos, hacerme comentarios, alentarme, llevarme artículos para que lea y hasta alcanzarme un mate-salvador, tan importante como todo lo otro.

A María Eugenia Contursi que soportó mis mil quinientas versiones y que, en el final de mi carrera, me mandó a releer los materiales de Semiología del CBC ("los demostrativos no llevan tilde hace muchos años", "no abuses de la lítotes", "¡cuidado con el uso de conectores! Revisá la biblio de Semio al respecto", entre otros). Su dedicación es para mi otra muestra de generosa generosidad.

Pero sin dudas la génesis de este trabajo estuvo, de alguna manera, en *primeras discusiones*. Mis amigos, amigas, a los ex estudiantes de las clases del CBC que han participado –de diferentes maneras– activamente en este y otros trabajos y a mi familia.

*

A pocos días de terminar el proceso de escritura de la tesina falleció, hace horas de Mónica (Muñoz). Con Mónica armamos lo que fue la génesis de este proyecto (encuentro

un mail del 2002: “Maldito Rafael: empezá a laburar, no se quien se puede presentar pero va a concurso así que allí recién se define. El martes estoy en el proyecto, pasa así hablamos, no hay mucho tiempo. Cariños, Mónica) y se me hace dificilísimo no estar sobre este texto sin pensar en ella y en lo injusto de su enfermedad; a ella dedico este trabajo porque –como nadie– forma parte de él.

.

BIBLIOGRAFÍA

Aguilera Ruiz, O (2003) "Un modelo (transoceánico) por armar. Algunas hipótesis acerca del vínculo entre juventud y política", en *JOVENes, Revista de Estudios Sobre Juventud*, Nº 19, pp. 64─81.

Albajari, A (1999) “Yo no quiero bailar” en Pampillo, G y otros, *Permítame contarle una historia,* Buenos Aires, Eudeba.

Altamirano, C y Sarlo, B (1980) *Conceptos de sociología literaria*, Buenos Aires, CEAL.

Bajtín, M (1995) [1950] “El problema de los Géneros Discursivos” en *Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI.

Benveniste, E (1985) “El aparato formal de la enunciación” en *Problemas de Lingüística General II,* México, Siglo XXI.

Blanco, R (2004) "Generación pos─dictadura. Algunas características del discurso emergente desde una perspectiva comunicacional" en *Los Jóvenes, múltiples miradas,* Neuquén, Imprenta Universitaria "Malvinas Argentinas", pp. 69─80.

— (2005) Generación *pos dictadura, reconstrucción de identidades sociales y nuevas formas de narrar*, Informe Final de Beca de Investigación Estímulo UBACyT, Facultad de Ciencias Sociales (UBA), Buenos Aires, *mimeo*.

Borón, A (1999) “La sociedad civil después del diluvio neoliberal” en Sader, E. y Gentilli, P. (comps.) *La trampa del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social*, Buenos Aires, CLACSO─ EUDEBA.

Bourdieu, P (1997) “La ilusión biográfica”, en *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama.

— (1991) “El mercado Lingüístico” en *Sociología y Cultura,* Grijalbo, México.

Catela, L (2000) *No Habrá Flores en la Tumba del Pasado. La Experiencia de Reconstrucción del Mundo de los Familiares de Desaparecidos.* La Plata: Ediciones Al Margen.

Chaves, M (2005) *Juventud y espacios urbanos en la ciudad de La Plata*, Tesis final de Doctorado, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, UNLP, La Plata, *mimeo*.

— (2004) "La juventud en la escuela" en *Cuadernillo de Dirección de Psicología y Orientación Social* Escolar, Dir. Gral. de Cultura y Educación, Pcia. de Buenos Aires. La Plata.

Ciapuscio, G (1994). *Tipos Textuales*, Buenos Aires, Eudeba.

Ducrot, O y Todorov T (2000) *Diccionario Enciclopédico de las Ciencias del Lenguaje*, México, Siglo XXI.

Eagleton, T (1998) *Las Ilusiones del posmodernismo*, Buenos Aires, Paidós.

Feierstein, D (2002) *La memoria como hecho político*, Seminario interno para UBACyT "Reconstrucción de la Identidad de los desaparecidos─ Archivo Biográfico familiar de Abuelas de Plaza de Mayo, *mimeo.*

— (2000) *Seis estudios sobre el genocidio. Análisis de las relaciones sociales: otredad, exclusión y exterminio*, Bs. As, Eudeba.

Feixa, C (1998) *De jóvenes, bandas y tribus. Antropología de la juventud.* Barcelona, Ariel.

Ferro, F. y Contursi, Ma. E (2000) *La narración. Usos y Teorías*. Buenos Aires, Ed. Norma.

— (1999) "Mediación, Inteligibilidad y cultura", en VV.AA, Cuadernos de Comunicación y Cultura N º 57, Buenos Aires, Secretaría de Publicaciones SECSO, 2001.

Filinich, M. I (1998) *Enunciación*, Buenos Aires, Col. Enciclopedia Semiológica, Eudeba.

Ford, A (2001) "Prólogo para este curso" en *Cuadernos de Comunicación y Cultura Nº 54*, Buenos Aires, Secretaría de Publicaciones, CECSO.

— (1999) *La marca de la Bestia*, Buenos Aires, Editorial Norma.

— (1994) *Navegaciones. Comunicación, cultura y crisis*, Buenos Aires, Amorrortu.

Fraser, R. (1990) "La formación del entrevistador", en *Historia y fuente oral*, nº 3 s/d, pp. 129─150

Gándara, L (2002) *Graffiti*, Buenos Aires, Eudeba.

Goffman, E (1993) "Los otros como biógrafos", en *Estigma. La identidad deteriorada*, Buenos Aires, Amorrosrtu.

Gramsci, A (1949a) "Literatura popular" y "Observaciones sobre el folklore", en *Cuadernos de la cárcel: literatura y vida nacional*, México, Juan Pablo Editor, 1976.

— (1949b) "Americanismo y Fordismo" en *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado Moderno,* Buenos Aires, Nueva visión, 1984.

Grimsom, A. (1998) "Introducción. Construcciones de alteridad y conflictos ineterculturales" en *Cuaderno de Comunicación y Cultura nº 58,* Secretaría de Publicaciones CECSO.

Guber, R (2001) *La Etnografía. Método, campo y reflexibvidad,* Bogotá, Ed. Norma.

Hall, S (1996) “Introducción: ¿quién necesita una identidad?”, en *Questions of cultural identity, London, Sage,* s/d. (traducción de Natalia Fortuny)

Jabbaz, Marcela y Lozano, Claudia (2001), “Memorias de la dictadura y transmisión generacional: representaciones y controversias” en Sergio Guelerman (comp.) *Memorias en presente. Identidad y transmisión en la Argentina pos─ genocidio*, Buenos Aires , Editorial Norma.

Jelin, E (2001) “Prólogo” en Catela, Ludmila da Silva., *No Habrá Flores en la Tumba del Pasado. La Experiencia de Reconstrucción del Mundo de los Familiares de Desaparecidos.* La Plata: Ediciones Al Margen.

Jelin, E y Kaufman, S (2000) “Layers of memories. Twentyyears after in Argentina”, en T.G. Ashplant, G. Dawson and M. Roper (eds.) *The politics of war. Memory and commemoration*, s/d (Traducción del Proyecto UBACyT S129)

Kerbrat, K (1997) *La enunciación. De la subjetividad en el lenguaje*, Buenos Aires, Edicial.

Laclau, E y Mouffe, C (2004) “Prefacio a la segunda edición en español” en *Hegemonía y estrategia socialista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

— (1987) “Más allá de la positividad de lo social: antagonismo y hegemonía”, en *Hegemonía y estrategia socialista*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Laclau, E (1996) “¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?”, en *Emancipación y diferencia*, Buenos Aires, Ariel.

Maingueneau, D (1999) “¿Se puede asignar límites al análisis del discurso?” en *Modèles Linguistiques XX, fac. 2* (traducción: María Eugenia Contursi).

— (1989), *Introducción a los métodos de análisis del discurso*, Colección Hachette Universidad, Buenos Aires, Librería Hachette.

Mangone, C. y otros (1997) *Vidas Imaginarias. Los jóvenes en la tele*, Buenos Aires, Biblos.

Mangone, C. y Warley, J. (1994) (Eds.) *El discurso político. Del foro a la televisión.* Buenos Aires, Bilbos.

Mead, M. (2002) [1969] *Cultura y Compromiso. Estudios sobre la ruptura generacion*al. Barcelona, Gedisa.

Monod, J. (2002) [1968] *Los Barjots. Etnología de Bandas Juveniles,* Barcelona, Ariel.

Muñoz, M. y Pérez, M (2001) *Reconstrucción* identid*ades sociales─ Archivo Biográfico─ Familiar de Abuelas de Plaza de Mayo*. Buenos Aires, *mimeo*.

Nunca Más, Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, (CONADEP), Buenos Aires, Eudeba, 2001.

Nuñez, P (2003) "Aportes para un nuevo diseño de políticas de juventud: La participación, el capital social y las diferentes estrategias de grupos de jóvenes" en *Políticas Sociales Nº 74*, CEPAL, s/d.

Oteiza, E y otros (1998) *Reconstrucción de Identidades Sociales─ Archivo Biográfico Familiar de Abuelas de Plaza de Mayo, mimeo.*

Pampillo, G y otros (1999) *Permítame contarle una historia,* Buenos Aires, Eudeba.

— (1997) "Narraciones Familiares", ficha de cátedra, Secretaría de Publicaciones CESCO.

Passerini, L (2000) "La juventud, metáfora del cambio social", en Levi Giovanni y Jean Claude Scmitt. *Historia de los Jóvenes II. La edad contemporánea,* Ed. Taurus, Madrid, 2000, pp. 441.

Pêcheux, M (1978) "Orientaciones conceptuales para una teoría del discurso", *en Hacia un análisis automático del discurso*, Madrid, Gredos.

Pérez, M (2002) *Cuadernillo de Capacitación para el Proyecto UBACyT S129*, *mimeo*.

Raggio, S (2006) "Jóvenes y memoria", en *El Monitor de la educación n°6,* 5° Época, Buenos Aires, Revista del Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación, pp.38 y 39

Raiter, A (2001) *Lenguaje y sentido Común*, Buenos Aires, Biblos.

Raiter, A y otros (2002) *Las Representaciones sociales*, Buenos Aires, Eudeba.

Reguillo Cruz, R (2005) *Sociabilidad, inseguridad y miedos. Una trilogía para pensar la ciudad contemporánea*, *mimeo*

— (2001) "La gestión del futuro. Contextos y políticas de representación", en *JOVENes, Revista de Estudios Sobre Juventud,* Nº 15, pp. 6─25.

— (2000) *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*, Buenos Aires, Ed. Norma.

Ricoeur, P (1999), *Historia y narratividad*, Paidós, Barcelona.

Schmucler, H (1995) "Formas del olvido", en *Revista Confines*, Nº1 Buenos Aires, Ed. La Marca, pp.51─54.

Todorov, T (2000) *Los abusos de la memoria,* Barcelona, Paidós.

Verón, E. (1995) "La mediatización", en *Semiosis de lo ideológico y el poder/La mediatización*, Buenos Aires, Oficina de publicaciones del CBC.

Vich, V y Zavala, V (2004) *Oralidad y Poder. Herramientas metodológicas*, Buenos Aires, Norma.

Williams, R (2000) Palabras clave. *Un vocabulario de la cultura y la sociedad*, Buenos Aires, Nueva Visión.

— (1980) *Marxismo y Literatura*, Barcelona, Península

Wortman, A (coord.) (2003) *Pensar las clases medias. Consumos culturales y estilos de vida urbanos en la Argentina de los noventa,* Buenos Aires, Ediciones La Crujía